

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IX - Nº 95 Marzo de 2026

El trágico y glorioso camino de la Cruz

Consolaciones en la vía dolorosa

¿Nuestro Señor Jesucristo tuvo consolaciones durante la Pasión? Sin lugar a dudas. Una de ellas fue cuando pronunció la primera canonización de la Historia.

El Redentor conocía los síntomas por los cuales San Dimas, mientras se contorcía de dolor en la cruz, se estaba convirtiendo al reconocer que merecía aquel suplicio, pero que Nuestro Señor era inocente. En cierto momento, el Buen Ladrón le dijo una palabra de súplica y adoración:

— Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.

A lo que Jesús respondió:

— ¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso!

Esta afirmación de las alegrías del Paraíso en el momento en que bajan las sombras de la muerte, ¡qué consolación!

Alguien dirá: "Pero, Dr. Plinio, bajo cierto punto de vista son consolaciones lúgubres, porque están mezcladas con el dolor." Yo digo: sin embargo, consolaciones mucho mayores a la de tantos hombres entregados al pecado.

Todos nosotros, a lo largo de nuestra vía dolorosa, si perseveramos, encontraremos consolaciones. ¿Cómo y cuándo será? Nuestra Señora lo sabe. A nosotros nos cabe pedirle una fuerza llena de unción interior, de alegría, de bienestar en medio de los dolores.

Nuestro Señor recomendó que aquellos que fueran perseguidos por amor a la Justicia exulten de gozo, porque sería grande su recompensa en el Cielo.

(Extraído de conferencia del 16/11/1984)

Gabriel K.

Sumario



En la portada, el Dr. Plinio en abril de 1994.

Foto: Archivo Revista

Vol. IX - No. 95 Marzo de 2026

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

SEGUNDA PÁGINA
2 *Consolaciones en la vía dolorosa*

PIEDAD PLINIANA
4 *Meditación de las Horas de la Pasión*

EDITORIAL
6 *Ceremonias litúrgicas: canal de gracias*

DOÑA LUCILIA
7 *Peregrinando en la mirada de Doña Lucilia*

REFLEXIONES TEOLÓGICAS
10 *Panorama grandioso y trágico, que presagiaba la primavera del Reinado de María*

GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO
16 *Nuestro Señor Jesucristo, punto de convergencia extraordinario*

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO
19 *La entrada en el camino del sufrimiento*

SANTORAL
24 *Santos de Marzo*

HAGIOGRAFÍA
26 *Nobleza y dignidad del Esposo de la Virgen María*

ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA
30 *¿Cómo consolar a nuestro Redentor?*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA
32 *La divina impotencia del Omnipotente*

ÚLTIMA PÁGINA
36 *Tener estampada en el corazón la Divina Faz*













Meditación de las Horas de la Pasión

Jaculatoria para el inicio de cada hora

Oh Jesús, que a esta hora yo os ame sobre todas las cosas y me una enteramente a Vos, por medio de María, vuestra Madre. Concededme vuestra gracia en la hora de mi muerte. Amén.

18:00 – Jesús lava los pies de los discípulos

Obtenedme, oh Madre mía, la gracia de tratar a mis hermanos en la Fe como vuestro Divino Hijo trató, en este acto, a los Apóstoles que iban a abandonarlo, e incluso al *mercator pessimus*.

19:00 – Jesús instituye la Santísima Eucaristía

Haced de mí, oh María Santísima, un alma vigorosa y pura, nutrida por el Pan de los fuertes y por el Vino que engendra vírgenes.

20:00 – Jesús se despide de sus discípulos y se dirige al Huerto

Obtenedme, oh Trono de la Sabiduría, algo de la fortaleza de la cual mi Salvador me dio ejemplo, caminando con paso resoluto para el lugar donde se iniciaría su Pasión.

21:00 – Jesús ora en el Huerto de los Olivos

Oh María, alcanzadme de Jesús, triste y obediente hasta la muerte, el conocimiento, el amor y la gratitud a la Providencia, por las aflicciones que el alma fiel encuentra en el cumplimiento del deber.

22:00 – Jesús, habiendo entrado en agonía, suda sangre

Oh Madre Dolorosa, obtenedme, por el mérito de la Sangre Divina vertida en este lance, la gracia de comprender que también cabe a mí el sufrir, hasta el fondo del alma, en la previsión de todos los dolores que afligen y aún afligirán a la Santa Iglesia de Dios.

23:00 – Jesús, al recibir el beso de Judas, es traicionado y preso

Señora, dadme la gracia de comprender y odiar toda la traición de la cual es víctima la Santa Iglesia, y de luchar contra esa traición hasta que sea enteramente derrotado el proceso de descristianización por el cual el mundo va a llegando a una falta de religiosidad gnóstica e igualitaria.

24:00 – Jesús es presentado a Anás y herido con una bofetada

Señora, cuántas bofetadas sufre hoy vuestro Hijo, como cabeza invisible de la Iglesia Santa. Dadme la resolución de recibir en mí todas las afrentas de los enemigos de la Iglesia, y de luchar hasta la última energía de mi cuerpo y la última gota de mi sangre en la más entera correspondencia a la gracia, para la derrota de los que bofetean a vuestro Divino Hijo.

1:00 – Jesús delante de Caifás

¡La autoridad de la Sinagoga encabeza la lucha contra el Mesías! Hacedme sentir, oh María, un dolor proporcionado a la gravedad de los pecados de tantas personas sagradas, tristemente empeñadas en el proceso de auto-demolición de la Iglesia.

2:00 – Jesús es maltratado y escarnecido

¡Cuántas veces he retrocedido delante de la Revolución por miedo de ser maltratado y escarnecido! Obtenedme de Jesús, oh María, la gracia de que mi alma sea curada de la llaga hedionda del respeto humano.

3:00 – Jesús es negado por Pedro

San Pedro menospreció vuestra predicción, oh Jesús mío, y confió totalmente en sí mismo. Por eso, antes de que el gallo cantara, os negó tres veces por miedo de una criada. Oh María, volvedme atento a la voz de la gracia, hacedme vigilante contra mis defectos y, os lo suplico nuevamente, limpiad mi alma de la lepra del respeto humano.

4:00 – Jesús en la prisión

Está preso, oh María, vuestro Divino Hijo. Por el mérito infinito de esa prisión, hacedme amar todas las legítimas dependencias a las que, por designio vuestro, debo estar sujeto.

5:00 – Jesús es llevado delante del tribunal de Pilato y acusado

Oh María, dadme horror al espíritu egoísta, débil y escéptico manifestado por Pilato

en la Pasión. Haced de mí un esclavo vuestro, lleno de fe, generosidad y fortaleza.

6:00 – Jesús, frente a Herodes, es escarnecido y despreciado

Vuestro Divino Hijo está frente al hombre que personificó el odio contra Él. Hacedme comprender, oh María, cuántos enemigos de vuestra Causa os odian y nos odian. Os pedimos, oh Madre, que desterréis de nuestra alma cualquier visión ingenua, liberal y perezosa sobre la mentalidad de los adeptos de la Revolución.

7:00 – Jesús es conducido de nuevo ante Pilato; Barrabás es preferido a Él

Tal es ese odio, oh Reina del Universo, que no sólo lo quisieron matar, sino que incluso prefirieron el malhechor a Él. ¡Tal es la abyección de vuestros enemigos! Una vez más, os pido que limpiéis mi alma de ilusiones bobas nacidas del liberalismo, del sentimentalismo y de la tibieza.

8:00 – Jesús es flagelado

Hoy es flagelada —¡y por qué manos!— la Iglesia de Dios. Por manos consagradas para la celebración de los Misterios Divinos. Por manos de cristianos que deberían estar dispuestos a empuñar armas, si fuese necesario, para defenderla contra el adversario. Abrid mi alma para el conocimiento cabal de esa negra realidad, oh María, y llenadme de dolor, de santa cólera y de espíritu de lucha contra tan horrible pecado.

9:00 – Jesús es coronado de espinas

Coronaron de espinas la Frente divina, propia a llevar la corona de la realeza del universo. Es un modo de negar esta realeza, de negar todo poder legítimo, toda jerarquía, toda autoridad. Concededme, oh María, el espíritu sacral, jerárquico, el odio a la Revolución, en suma, el amor a la realeza de Jesús y a la vuestra sobre todas las creaturas.

10:00 – Jesús es condenado a muerte

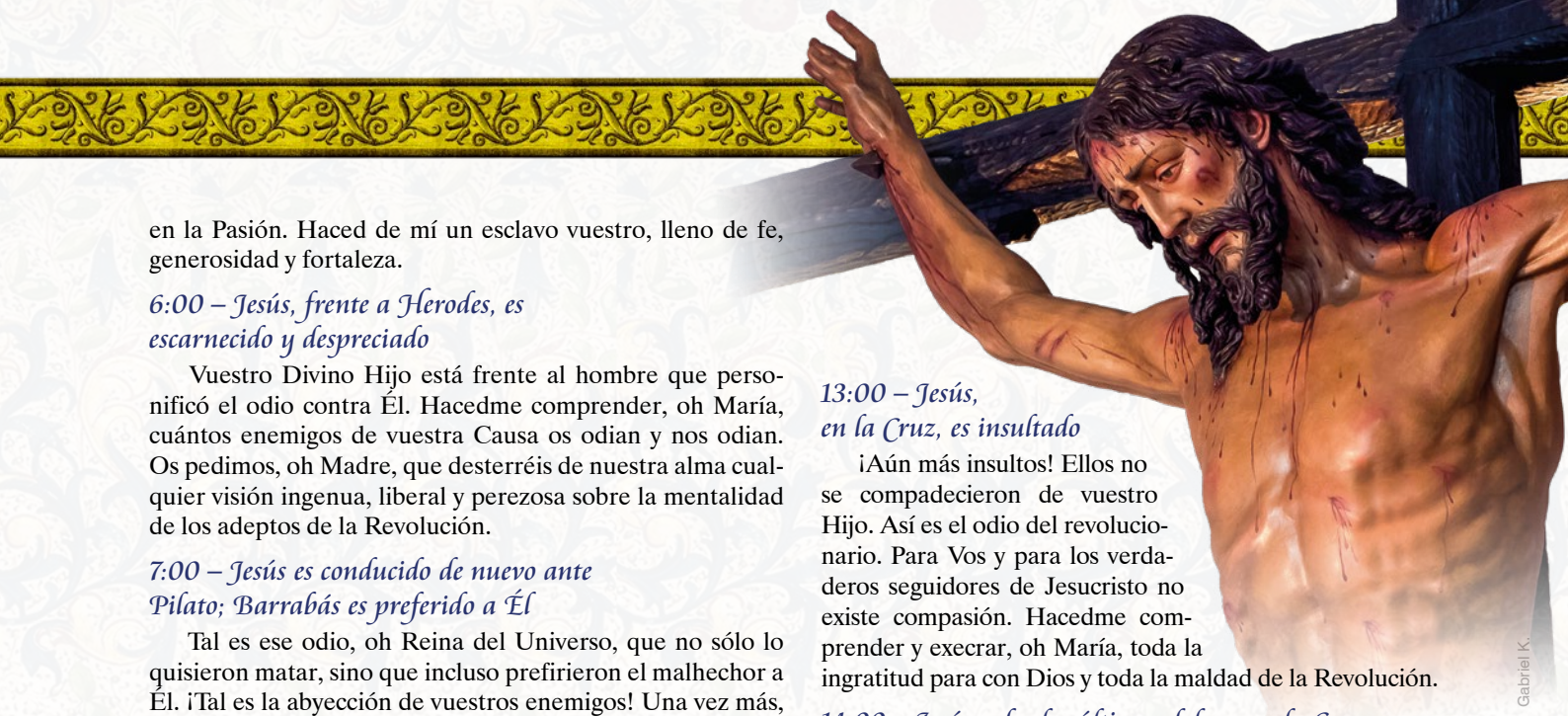
La Vida es condenada a la muerte. ¡Qué terrible derrota! Pero muy pronto, la muerte será derrotada por la Resurrección de Aquél que es la Vida. En las peores horas, la virtud de la confianza me debe preservar del desaliento. Obtenedme la gracia, oh María, de una confianza sin límites en la derrota de la Revolución y en la implantación de vuestro Reino.

11:00 – Jesús carga la pesada Cruz

Sí, Jesús cargó la Cruz. Tres veces, oprimido por su peso, cayó al suelo. Sin embargo, en ningún momento Él abandonó la Cruz. Que yo obtenga por Vos, oh Madre, la gracia de no abandonar el peso de la lucha por la verdadera Fe y por la Civilización Cristiana, incluso cuando las fuerzas parezcan faltarme.

12:00 – Jesús es crucificado

Los enemigos lo clavan en la Cruz, para así fijarlo en ella hasta la muerte. Oh Madre mía, alcanzadme gracias que me claven en la cruz de mi vocación y no permitáis que algún día yo me separe de ella.



13:00 – Jesús, en la Cruz, es insultado

¡Aún más insultos! Ellos no se compadecieron de vuestro Hijo. Así es el odio del revolucionario. Para Vos y para los verdaderos seguidores de Jesucristo no existe compasión. Hacedme comprender y execrar, oh María, toda la ingratitud para con Dios y toda la maldad de la Revolución.

14:00 – Jesús sufre los últimos dolores en la Cruz

Llegó la última agonía, todos los tormentos inimaginables se concentran en vuestro Hijo. Pero Él cumplió hasta el fin la voluntad del Padre Eterno. Alcanzadme, oh Corazón Sapiencial e Inmaculado de María, la gracia de cumplir hasta el fin la vocación que me concedisteis.

15:00 – Jesús muere en la Cruz

Consummatum est! La obediencia fue llevada hasta el holocausto final. Él murió porque quiso. Y lo quiso porque así le fue mandado por el Padre Eterno. Oh Madre del Buen Consejo, hacedme comprender, a la luz de este divino ejemplo, toda la sacralidad de la obediencia.

16:00 – Jesús es bajado de la Cruz y depositado en los brazos de su Santísima Madre

El cadáver está en vuestros brazos. Jesús consintió ser muerto porque Vos lo quisisteis, pues el Padre Eterno quiso pedir vuestro consentimiento para que se efectuara el holocausto. Y Vos quisisteis este holocausto, porque esta era la santísima voluntad de Dios.

Oh María, modelo invencible, sublime y sacrosanto de obediencia, hacedme odiar la Revolución anárquica e insumisa.

17:00 – Jesús es depositado en el sepulcro

Todo está acabado. Es el fin… en apariencia. En realidad, en breve todo comenzará a renacer. ¡Abriréis pronto, para los justos de la Antigua Ley, las puertas del Cielo, oh Señor!

Junto a Vos, oh Refugio de los pecadores, los Apóstoles lloraron sus pecados. Prontamente vendrán la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés.

Cuanto más victorioso parece el demonio, más cerca está vuestra victoria.

En estos días en que, por la atracción de una libertad mal comprendida, se está llegando a una asombrosa disolución de las costumbres, al caos en la cultura y a la anarquía en los países, dadme, oh Madre, una creencia firme en vuestras promesas en Fátima, una esperanza abrasada de que estas no tardan en cumplirse, una certeza de la derrota de la Revolución y de la instauración de vuestro Reino. Amén.

Editorial

Ceremonias litúrgicas: canal de gracias

Como dice el Concilio de Trento, está en la naturaleza del hombre la dificultad de elevarse a la contemplación de las cosas divinas sin el auxilio de las cosas exteriores. Tal es la razón que llevó a la Santa Iglesia a establecer los ritos sagrados. Por ellos, la majestad de las cosas se vuelve recomendable y la vista de esos símbolos religiosos y piadosos, excita el espíritu de los fieles a la contemplación de los más sublimes misterios.

Las ceremonias sagradas, en efecto, representan, en símbolos sensibles, las realidades invisibles y expresan las grandes verdades de la religión en un lenguaje fácilmente comprendido por todos.

Los ignorantes, los niños incluso, aprenden el sentido de esas enseñanzas que hablan tan vivamente a los sentidos; y los doctos, los contemplativos más profundos, se encantan en leer en ese libro rico de imágenes, la explicación de los más sublimes e inefables misterios.

Sobre todo, además de inspirar respeto por las cosas santas, las ceremonias religiosas traen en sí mismas grandes tesoros de gracias. La fe nos enseña que no podemos practicar ninguna obra meritoria sin el socorro de la gracia divina. Y Dios hace de cada criatura humana un canal y un instrumento de la gracia.

Todos los seres que nos cercan, todos los fenómenos que ellos presentan, deberían por si propios producir sobre nosotros únicamente impresiones naturales. Sin embargo, Gracias a la bondad divina, se transforman en ayudas de Dios para la salvación de sus elegidos e impulsan en nosotros pensamientos y sentimientos sobrenaturales.

Ahora bien, además de comunicar sus gracias por intermedio de las criaturas, Dios también las comunica, y muy especialmente, por medio de las ceremonias sagradas.

Cada año, en el ciclo de las solemnidades litúrgicas, la Iglesia recuerda la serie de misterios de la Redención. Así, durante la Cuaresma, la Esposa Mística de Cristo se une por los ayunos y por otras austeridades a Jesús en su Pasión; ella lo sigue en el Calvario y en el misterio de su Muerte. Y en el tiempo pascual, la Resurrección del Señor la llena de alegría.*

---

* Cf. *"O Legionário"* n. 559 del 25/4/1943



Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Peregrinando en la mirada de Doña Lucilia



Archivo Revista

Los ojos son la ventana del alma. De hecho, nada se compara a la mirada llena de unción de un alma virtuosa, cuya expresión transmite lecciones infinitas, eleva y santifica.

Creo que una de las cosas más pungentes en la vida es conocer una gran mirada –de una gran alma– y, de repente, verse privado de ella porque se cerró para siempre y el alma se fue a Dios. Aquello que se vio no se verá más, no se profundizará más, no se conocerá más como se debería haber conocido, y de ahí en adelante solo es la eternidad…

Comunicación de miradas más allá de la muerte

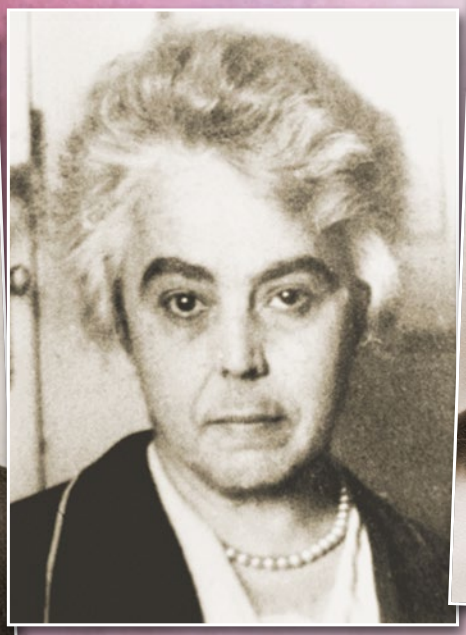
Mil veces yo peregriné dentro de los ojos de mi madre, pero ¡cuántas y cuántas veces, y a partir de cuántas puertas de esa mirada! Su mirada cuando me miraba, cuando yo la veía mirando dentro de mi mirada; su mirada cuando rezaba; su mirada vista de lado, su mirada vista por detrás, percibida apenas por imponderables, sin verla.

Cuando ella falleció yo me puse esta pregunta: "Para esta vida se terminó, se acabó, nunca más pasearé dentro de esta mirada y nunca más desvendaré esta alma… Ahora, Plinio, pregúntate: 'Tú aprovechaste ese tesoro? ¿Miraste todo lo que tenías que ver y llegaste hasta su último conocimiento? ¿Serás capaz de hacer el via-

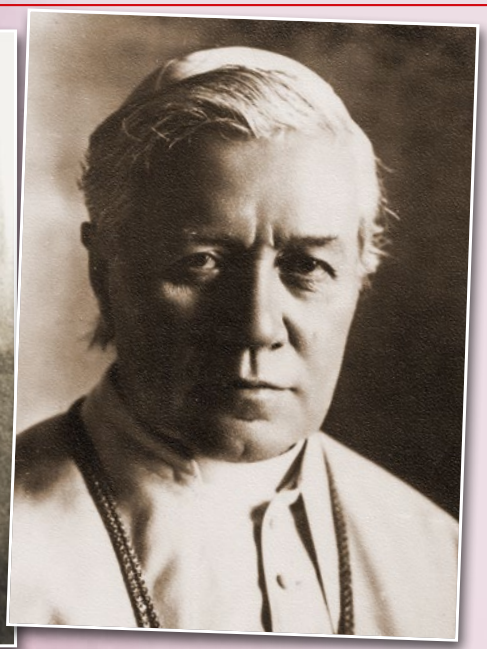
Divulgação (CC3.0) / Archivo Revista



San Charbel Markhlouf



Doña Lucilia



San Pío X

je retrospectivo y complementarlo a través de velos sucesivos?"

Yo me hice la pregunta distendido y calmado, en medio del llanto de la muerte. Y con toda serenidad me respondí a mí mismo: "Sí y enteramente." ¡Se acabó, pero tengo todo, llevo todo, ojalá haya asimilado todo! Tal vez ella haya muerto a tiempo para comunicarme los últimos fuegos de una mirada en que la luz de la vida, el *lumen rationis*, cintilaban, pero aún tenían bellezas nuevas para comunicarme. Sin embargo, siento como si tal vez hace poco me hubiera comunicado con ella.

Una ventana de la eternidad que se abre

El otro día, un rayo de sol incidió sobre una fotografía de ella, abarcando inclusive las flores alrededor, que tomaron vida, parecían flores paradisíacas, iluminadas por dentro. ¡Algo extraordinario!

Si quisiéramos iluminar una foto, jamás conseguiríamos hacer algo parecido. Me acuerdo un poco de esas imágenes modernas que hay hoy en día en las calles, iluminadas por dentro. Pero era, sin comparación, mejor.

Su fisionomía relució, dando la idea de una ventana de la eternidad que se abría, transmitía algo que no tiene nada que ver con esta Tierra. Me dio la impresión de que ella estaba tan viva que se diría que comenzaría a hablar con alguien que estuviera allí para hacerle una pregunta. Digo aún más: con una animación que años antes de su muerte ya no tenía, ya muy abatida por la edad. Parecía bien dispuesta, hasta fuerte. Se diría que había pasado una temporada por fuera, que descansó…

Mirada de futuro, de metafísica y de fe

Hay otra mirada, de una fisionomía de ella a los cincuenta años. Es de tal seriedad, que podría ser colocada al lado de una foto de San Pío X o de San Charbel Makhlouf, aunque la mirada de él no tenga esa tristeza.

Es una mirada ordenadora para nuestra alma y, puesta en un cuadro en un ambiente, influencia la sala, acompaña a las personas. Si alguien me pregunta cuál fue la influencia de Doña Lucilia en mi formación, yo diría: "¡Vea, ahí está!"

Debemos sentirnos en casa en presencia de esa fisionomía, la cual se podría denominar: "Contra-Revolución tendencial." Mi madre ejercía una acción pacificante ya a distancia. Eso es paz.

Ella hizo una verdadera psicología con los brasileños, permitiendo que, antes de esa foto, nos llegara a las manos el *"Quadrinho"*[1].

Los dos cuadros hacen una combinación perfecta. El *"Quadrinho"* la refleja mucho más en la intimidad. El otro expresa su fisionomía cuando se encontraba en otros ambientes. Se ve que ella hace un esfuerzo para no romper lo que resta de amistad con los demás, para poder hacerles bien.

La mirada refleja una visión del futuro, pero, sobre todo, en función de la ofensa a Dios, de aquello que ella veía en el Corazón de Jesús, entristecido por los pecados de los hombres. Es un acto de fe, de metafísica viva. Quien hizo ese acto de fe, tiene una limpieza del sentido metafísico colosal.

Hay tal integridad, por donde vemos que ella era consciente de que,

si aceptara, por ejemplo, una joya un poco moderna, quebraba la fe.

Es la fisionomía más seria que vi en mi vida, al mismo tiempo con una calma extraordinaria, la cual se refleja mucho por el conjunto de la fisionomía y por todo el cuerpo, en el cual no hay un músculo contraído.

Ella tenía una noción de delicadeza proveniente del hecho de ser muy digna, seria, siendo ella misma, no queriendo ser sino lo que era, sin ambición desmedida. No tenía jamás una sonrisa que significara cualquier connivencia con lo que hubiese de revolucionario en el ambiente. Es una fisionomía que nos prepara para los acontecimientos de Fátima.

Ejercicio para la visión beatífica

Así veo yo sucesivamente las miradas, las cosas que esta vida nos presenta. Eso es vivir. Y no hacer eso es no vivir. Hablar, en el fondo, es decir cosas de esas. Y quien nunca pensó ni vio, y no tuvo cosas semejantes en vista, y nunca hizo eso, de ese, yo tengo dificultad de explicarme a mí mismo cómo estará pronto para la visión beatífica. Porque la visión beatífica es eso: ¡ver a Dios cara a cara y peregrinar dentro de Él siempre, siempre, inmutable y nuevo para nosotros, afable, majestuoso, acogedor!

Y nosotros dentro de Él superponiendo aspectos sucesivos, para formar una cognición que nunca cesará. Porque jamás lo conoceremos en su totalidad. ¡Eso será nuestra alegría en el Cielo! ❖

(Extraído de conferencias del 23/12/1976, 7/3/1982 y 20/8/1987)

---

1) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.

2) Del francés: tocante, que toca la sensibilidad.

3) Del portugués: aumentativo afectuoso de hijo.



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1987



Flávio Lourenço

Beau Dieu – Catedral de Notre Dame, Amiens



Gabriel K.

Profeta Jeremías - Basílica de Santa María, Cracovia, Polonia

Panorama grandioso y trágico, que presagiaba la primavera del Reinado de María

En la Cruz, los clamores y gemidos de Nuestro Señor Jesucristo no fueron solo por el pueblo que lo abandonó. Sabía que otra Jerusalén, más perfecta que la primera, lo dejaría en la desolación. Sin embargo, debemos tener la certeza sobrenatural de que toda esta borrasca y la catástrofe actual en la Iglesia solo servirán para exaltar su gloria.

De repente surgen esplendores de las más variadas cosas. Por ejemplo, un tejido de seda bajo la acción de la luz, libera repentinamente una luz plateada. Así, una joya colocada bajo la luz da un resplandor especial.

¡Hay tantas cosas que resplandecen en la vida! El dolor también puede resplandecer.

Jerusalén prefigura a la Iglesia

Cuando escuchamos las palabras de la Sagrada Escritura sobre Jerusalén, la ciudad de una belleza perfecta, antigua alegría de toda la tierra *(cf. Lam 2:15),* que lloró en su soledad porque estaba abandonada, vemos en su llanto el majestuoso sollozar profético que llega hasta nosotros.

¿Cuándo imaginarían los comentaristas de las Escrituras que los acontecimientos serían tales, que algún día habría admiradores y devotos del profeta Jeremías? Que mirarían esta imagen que la Sagrada Escritura, inspirada por el Espíritu Santo, presenta como el auge de escena dolorosa, y dirían negando con la cabeza: "Descendimos a lo más profundo, nuestro dolor va más lejos. ¡Qué majestuoso y hermoso es el llanto de este profeta, y cuánto da gloria a Dios! Pero a nosotros se nos ha dado ver una realidad aún más amarga y, sin saber sollozar como él, sin embargo, tenemos un dolor que atraviesa nuestro corazón."



Gabriel K.


Gabriel K.

Jerusalén prefigura a la Santa Iglesia Católica; también puede considerarse una figura de las naciones que una vez constituyeron la Cristiandad, una pobre hoguera apagada de la que se podría decir que alguna brasa aún rueda aquí y allá, en medio de cenizas; pero, en realidad, es un abismo insondable.

Imaginen la sensación de una persona arrojada a un pozo, que se da cuenta aterrorizada, que está llegando al fondo y que pronto vendrá el impacto contra el suelo, de repente descubre, asombrada, que ese fondo es ficticio. Ella pasa por ahí y cae en otro pozo mucho peor y más profundo y no deja de caer.

Nosotros aún no hemos llegado al fondo de nuestra humillación ni de nuestro dolor, estamos cayendo, cayendo, cayendo... Cada vez que pensamos que hemos tocado el fondo del pozo, aún hay más. ¿Hasta dónde llega este fondo? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha sido de la gloria de Dios? ¿Qué ha sido de la gloria de María, Reina del Universo?

¡Qué bueno sería que al menos nosotros, a quienes Nuestra Señora favorece con la gracia de entender esta situación, tuviéramos un llanto del tamaño de este dolor y una indignación proporcionada a este pecado y, por tanto, nos desinteresáramos por todo lo banal y voláramos más alto, pensando solo en la causa católica!

Una situación de tragedia, una condición para la gloria

Las velas de un barco solo permiten apreciar toda su belleza cuando sopla el viento y ellas se llenan. El *pulchrum* de un barco solo se ve enteramente cuando se aleja del muelle. Si navega cuando está dentro del puerto, dentro del golfo, incluso en circunstancias en las que ve tierra firme, no se manifiesta en su grandiosa soledad. Es necesario imaginar el barco en un mar donde no se puede ver nada, donde por todos lados el horizonte y el mar se cierran a su alrededor, y entonces se empieza a percibir lo pequeño que es frente al mar en que navega y lo grande que es, porque se atreve a surcar el mar. ¡Qué victoria surcar el mar!

Cuando se inventó la fotografía, se emplearon mil recursos para fotografiar barcos en todas las posiciones y acciones posibles. En la era del avión, el hombre aún no cesa, y con razón, de encantarse y sorprenderse por la navegación. Se encanta, reproduce barcos de toda clase, en todo tipo de mares. Eso va a los álbumes, a los museos, a todas partes. El hombre canta la belleza de esta situación: un barco solo en el mar y navegando.

Ojalá eso fuera todo. ¿Cuántos literatos, pintores, se han esforzado en dibujar el barco en medio de la tormenta? O bajo cielos abiertos, cuando el mar está resplandeciente, reflejando el Sol, sereno o con hermosas olas que solo lo hacen balancearse, juegan con él sin querer tragarlo cuando pasa. ¡Es muy bonito!

Cuando hay tormenta, el barco continúa; la desgracia golpea, continúa y resiste, amenaza con hundirse, es la tragedia... Hasta su naufragio es hermoso. La agonía y la muerte de un barco son hermosas, de tal manera es bella la navegación.

De hecho, toda la desgracia de la navegación nos hace ver aspectos de la realidad náutica que dan la gloria

al barco incluso en los días de calma. Porque si no hubiera peligro de naufragio, nadie pensaría en lo bello del navío atravesando el mar. El atractivo de la travesía que el barco hace es que por detrás está el peligro, y que lo vence.

En realidad, el peligro es la condición de la gloria del barco. Como si le dijera, el peligro aprieta, entrega lo mejor de tu belleza en este surco de dolor.

Las cosas se presentan a nuestros ojos así. En la trágica situación en que nos encontramos, al hombre de hoy le es dado ver una desolación que el hombre no ha conocido. Ver todo hundirse es terrible.

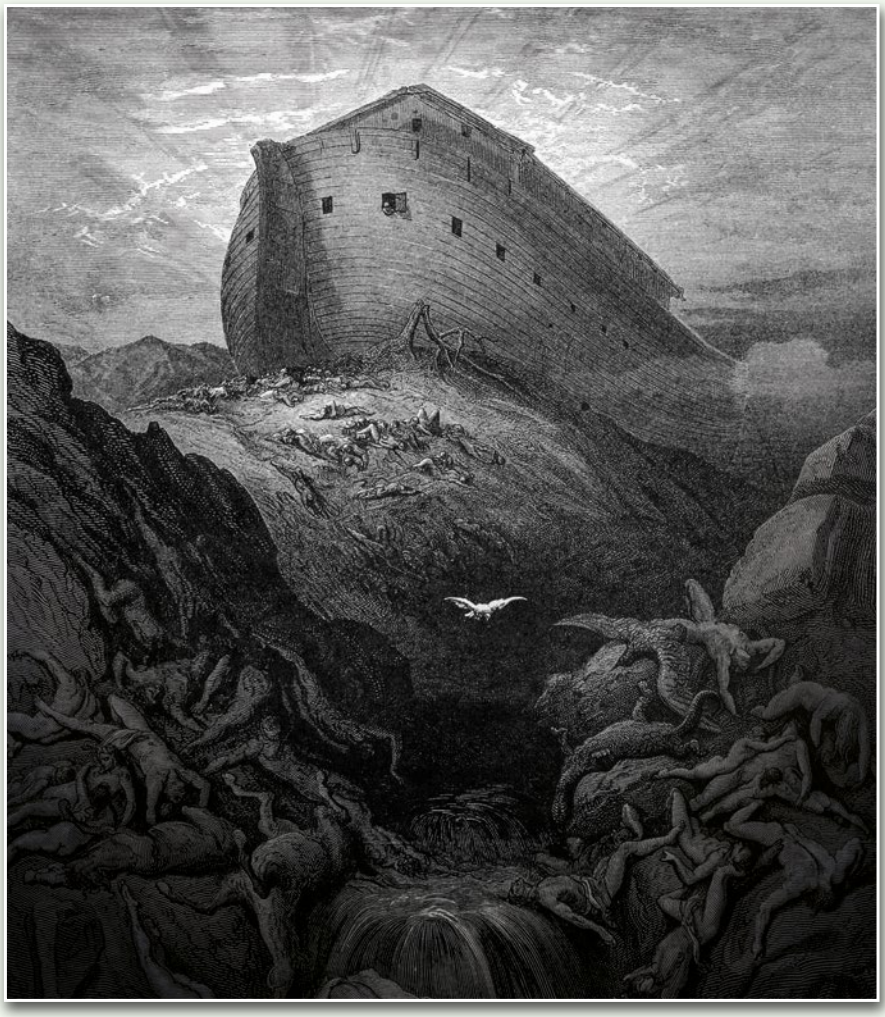
Desde el llanto de indignación hasta las comodidades y sonrisas

Sin duda, el Diluvio fue un castigo terrible. Sin embargo, hay algo cierto: muchos miraron al Cielo y se convirtieron. ¿Quién mira al Cielo en este diluvio de nuestros días? ¿Quién se está convirtiendo? ¡No se tiene en cuenta de la cantidad de almas que se están perdiendo!

La consideración de este panorama debería llevarnos a pedir a Nuestra Señora, ante todo, la determinación de medirlo en su conjunto, sin ocultar nada de lo que es, ni de lo que está por venir.

En segundo lugar, pedir una certeza sobrenatural de que Nuestra Señora vencerá, y que toda esta avalancha y la catástrofe actual solo servirán para exaltar la gloria de Ella.

Es el panorama que esta por detrás: grandioso y trágico, por un lado; pero, por otro lado, ¡qué primaveras y qué veranos presagia! De hecho, el alma del varón que ve se indigna y tiene un llanto en la medida del panorama, nacen alegrías, complacencias y sonrisas que ya son el comienzo del Reinado de María.



Divulgación (CC3.0)

Diluvio, por Gustave Doré

Al extremo de la desolación y la justicia punitiva deben seguir la reconciliación benigna, el banquete para el hijo pródigo que regresa, el arcoíris que aparece para el hombre que sale del arca. ¿Cómo será este arcoíris? ¡Qué alegría! Son las complacencias, las glorias y la seguridad férrea del Reino de María. Todo esto que prevemos nos da ánimo para enfrentar lo que vemos.

Ante este panorama, el hombre no debe temer al dolor ni huir de él.

Valentía para ver el dolor

Podríamos imaginar que parte de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo tuvo lugar de la siguiente manera. Nuestro Señor se hizo ver en el horror de sus sufrimientos, que despertaban en Él un dolor que además de físico era también moral, cuya magnitud nadie puede calcular bien, porque trasciende toda comprensión. En un momento dado, Él se presenta así y la Verónica siente pena. Impulsada por la compasión como nadie, corre a encontrarse con Él, enfrenta todo y pasa el sudario por su rostro. Y recibe el regalo que conocemos.

Verónica tuvo la valentía de ver el dolor, lo miró de frente y por eso practicó ese famoso gesto. Y quizá dijo: "¡Señor mío y Dios mío!"

Otra escena tuvo lugar con San Pedro. Después de negar tres veces a su Divino Maestro, el gallo cantó y Nuestro Señor lo miró. En esa mirada, ¡qué inmensidad de dolor mo-

ral habrá Él transmitido! Cómo San Pedro habrá entendido mejor en ese momento, incluyendo los sacratísimos dolores físicos de Nuestro Señor Jesucristo. Fue como una confidencia iluminadísima que recibió de Nuestro Señor, que decía: "Ven y sígueme."

San Pedro lloró amargamente, y se sabe el resto: toda la gloria que vino después, así como el martirio. Y en el momento de la muerte, pide ser crucificado boca abajo, porque no era digno de ser crucificado como Aquel a quien negó. Sigue siendo la última mirada que le acompaña hasta su muerte.

Por la mirada de Nuestro Señor durante la Pasión, San Pedro cambió, y pienso que cuando sus ojos vieron la última cosa terrenal, tenía frente a sí la mirada de Nuestro Señor.

Itinerario de San Juan Evangelista en la Pasión

¿Cómo habrá sido la contrición de San Juan Evangelista? Se la puede imaginar de mil maneras. Él huyó, como todos los apóstoles, pero en la narración evangélica aparece de repente al pie de la Cruz.

Entre la huida y ese momento, ¿qué pasó? ¿Este hombre que huyó cuando arrestaron a Nuestro Señor acaba teniendo el valor de aparecer cuando está muriendo en esas circunstancias? Es mucho valor.

¿Cómo podemos imaginar esto? Por ejemplo, así: que estaba solo, en su habitación, pensando, gimiendo, avergonzado de sí mismo, pero aplastado por la cobardía, percibiendo en sí, mientras él mismo lloraba, la languidez del respeto humano y la pereza, y agitado entre el "sí" y el "no". Sin atreverse a regresar a ver a Nuestro Señor y acompañarle, al menos lo quiere ver desde lejos para saber qué está ocurriendo. No osa decirlo para sí, porque sabe que huiría, pero si oyera un poco de aquella voz que tantas veces había oído, ¡aunque fuera en forma de un gemido! Ese timbre, que había escuchado tantas veces y cuya ausencia lo dejaba desolado de nostalgia. Finalmente, supera la pereza, el respeto humano y camina con la intención de ver de lejos al Maestro.

Nuestro Señor, sabía de su situación en el cuarto, sabía todo lo que le estaba ocurriendo, lo acompañó en espíritu en ese itinerario. Nuestra Señora está rezando por San Juan; Él recibe sus oraciones de Ella por él. Nuestro Señor, cuando sabe que San Juan se acerca, pone algo en la inflexión de su voz que siente que es dirigida a él.

A lo lejos, oye el grito. Imaginemos que San Juan está escondido tras una ventana o una esquina, donde cree estar seguro de que Nuestro Señor no sabe de su presencia, aunque sabe que Nuestro Señor lo conoce todo.

De repente, le llega aquella entonación, tierna, pero con una extrema tristeza: "¡Hijo mío, mira cuánto sufro!" Es una invitación a San Juan para ser serio y estar a la altura de ese dolor. Él se entrega.

Después, quizá, de un llanto amargo, finalmente ve a Nuestro Se-



Flávio Lourenço

Verónica consuela a Jesús en el camino del Calvario - Museo de Bellas Artes de Lille, Francia

ñor, que ya ascendió al Calvario, está crucificado. Sube corriendo y llega a tiempo aún para recibir la mayor dádiva de la Historia después de la Sagrada Eucaristía: Nuestra Señora, que le es dada como Madre. Es el don perfecto, no se puede imaginar uno más bonito que ese. ¡Si Dios le diera a San Juan Evangelista la ciudad de Jerusalén en su belleza perfecta, gloria y alegría del todo el mundo, no le daría nada en comparación con darle a Nuestra Señora!

Ante el drama, una invitación de Nuestro Señor

Bueno, nosotros también podríamos decir que tenemos gracias para medir el dolor, el sufrimiento insondable de la Iglesia en las actuales circunstancias.



Flávio Lourenço

Crucifixión - Capilla de la Tercera Orden de San Francisco, Cuernavaca, México



Teodoro Reis

Nuestro Señor atado a la columna de la flagelación - Gijón, España

Todo lo que está ocurriendo ahora, Nuestro Señor lo supo y sufrió por ello desde lo alto de la Cruz. Sus clamores y gemidos no solo se debían a aquel pueblo que lo había abandonado, sino porque sabía que otra Jerusalén, más perfecta que la primera y que sería mucho más exacta y literalmente la "alegría del mundo entero", la Iglesia fundada por Él y de la que Él es la Cabeza mística, que esa Iglesia actuaría peor con Él que Jerusalén. ¿Por qué no iría a llorar?

Quién sabe, es una conjetura, si toda la historia de la Iglesia fue pasando como una narrativa viva ante su mirada exhausta, inundada de Sangre, de su sagrado Cuerpo del que la vida se iba retirando. ¿Quién sabe si en el momento en que gritó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" *(Mt 27:46)* estaba ante Él la escena de la Iglesia en nuestros días? Es bastante posible. Es una hipótesis, pero esta hipótesis es verdadera.

¡Es una imagen de una situación dramática, de enorme gravedad! Creo que ante ella las almas están desigualmente preparadas, si es que se puede decir que alguna esté completamente preparada.

Porque el mundo de hoy hace que el hombre huya del dolor de cualquier manera y en todo momento; lo que no quiere es ver eso; huye de eso, aunque tenga que hacer el papel miserable del avestruz: que cuando se le acercan, mete la cabeza en un montón de arena y se deja devorar. Incluso si es para des-

empeñar este papel, el hombre de hoy lo hace.

Nuestro Señor nos confidencia, porque nos da la oportunidad de medir juntos, de analizar juntos. Y no sé cómo expresar el afecto con que nos pregunta:

"A ti, a quien he elegido como hijo, para ser más íntimo, para oír el latido de mi corazón; escucha el pulsar de mi dolor, mídelo y asúmelo en ti. A quien tenga mi dolor, le pagaré con todas mis ternuras, con todas mis sonrisas, todas mis bendiciones y toda mi recompensa. Hijo mío, ¿quieres escuchar mi Corazón?"

Manantial de alegría cristiana a lo largo de la historia

El adjetivo cristiano se ha conjugado con tanta cosa santa, con tanta cosa justa; rara vez he oído hablar de la alegría cristiana.

Si hiciéramos la historia de la alegría –¡qué bonito sería hacerlo!–, demostraríamos, sin dificultad, que el mundo no tuvo verdadera alegría. Excluyo a la nación elegida en los tiempos de su fidelidad, y aun así era una prefigura. El mundo no ha tenido una verdadera alegría comparable a la que surgió cuando nació Nuestro Señor Jesucristo.

Y de allá para acá surge un manantial de alegría cristiana hecha de paz, unción, discernimiento de lo sobrenatural, fe, de un espíritu de sacrificio, de equilibrio. Una alegría que los siglos no han conocido.

La alegría cristiana ha ido muriendo, cediendo el paso a la mundana.

Hago una comparación: cojamos la alegría de un glorioso vitral en el momento en que el sol lo incendia y la de un minueto. ¡Qué cosas tan diferentes! Cómo la alegría del minueto, que aún conserva algo de alegría cristiana, es pequeña en comparación con la de un azul, un verde, un rojo, un dorado de un vitral donde penetra el rayo del sol.



Flávio Lourenço

Órgano - Catedral de Béziers, Francia

¡La alegría de la música sacra, del órgano cuando toca con todos sus registros para celebrar la Resurrección de Nuestro Señor! ¡Cuántas alegrías incomparables!

¡Alegría de la partida hacia la Cruzada, de los cruzados cuando vieron y tomaron Jerusalén! Nunca se había conocido tal alegría. La alegría de los Césares, su triunfo en Roma no fue nada; una alegría pesada y plúmbea, que tendía a la embriaguez y la depravación, porque el alma no podía encontrar paz allí y necesitaba deleitar al cuerpo con alegrías materiales, porque dentro del alma no había alegría. Esa es la verdad.

¡La alegría del Reino de María será mucho mayor!

No sé cómo elogiar lo suficiente la idea de alguien que dio a un vino el nombre de *Lacrima Christi*, para decir que tiene un sabor indescriptible.

Debemos saber extraer de estos dolores el sabor de las lágrimas de Cristo, el sabor más dulce de las lágrimas de María. ❖

(Extraído de conferencia del 20/3/1982)



Nuestro Señor Jesucristo, punto de convergencia extraordinario

Las ceremonias de Semana Santa tocaban profundamente al Dr. Plinio. En ellas, él veía la grandeza, la seriedad y la majestad de Nuestro Señor Jesucristo, entreviendo también que aún hay una maravilla aún nueva, un pináculo por conocer dentro de toda la belleza de la Iglesia

Me acuerdo que, cuando llegaba la Semana Santa, yo asistía al Oficio en la Catedral. Aunque antiguamente la Iglesia de Santa Ifigenia era la Catedral provisional de São Paulo[1], porque la Catedral de la Sede episcopal estaba en construcción.

Junto al órgano, acompañando la sacralidad de la ceremonia

Con las excelentes relaciones que yo tenía con el clero en aquel tiempo, no asistía junto al pueblo, abajo. Aquel barrio ya era poco residencial, con muchas oficinas, casi sin movimiento parroquial. Aparecía un populacho no sé venido de dónde, que llenaba la Catedral, pero de una convivencia poco propicia al recogimiento. Llevaban niños que chupaban dulces… era gente muy respetable, muy correcta, yo no tenía nada contra ellos, pero los niñitos y su llanto no me ayudaban a prestar atención en el Oficio.

Entonces, yo subía al coro y me quedaba asistiendo a todo junto al órgano. Teniendo así una gran distancia con relación con el altar mayor y a todas las escenas del Oficio, yo iba rezando y acompañaba con un libro de liturgia. Eso duraba dos horas, a veces tres, ¡y me parecía –y me parece– de una belleza, de una imponencia, de una sacralidad extraordinarias!

El Viernes Santo, la majestad de Cristo muerto

El Viernes Santo, en la adoración de la Santa Cruz, colocaban un cru-

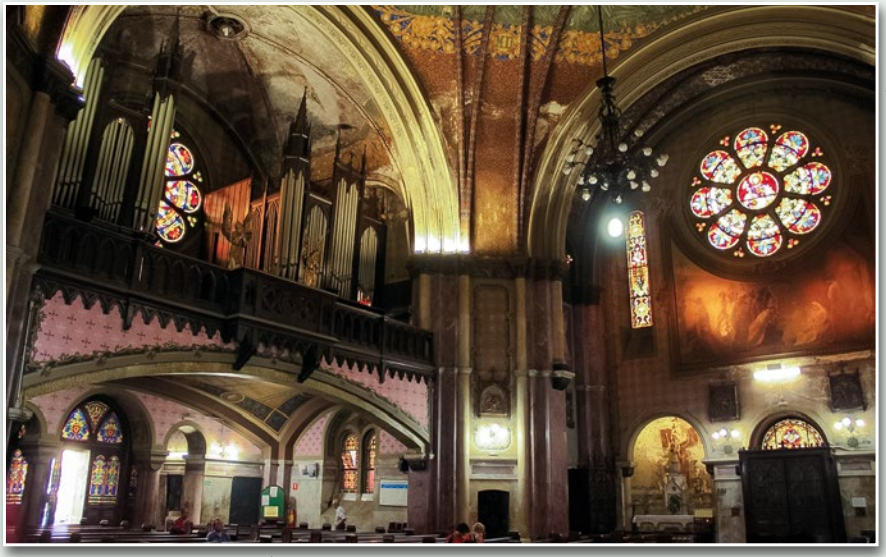
cifijo común, pero de tamaño grande, tendiente a natural, sobre una especie de ataúd. Algo hacía que la cabeza del Crucificado quedase ligeramente en un plano superior al resto del cuerpo. Mientras el coro cantaba melodías en gregoriano alusivas a la Pasión, el pueblo fiel iba a besarlo.

El primero que entraba desde la puerta de la Catedral, recibido por el clero, era el arzobispo, con un gran luto. ¡Su luto era una cosa magnífica! Entraba todo vestido de morado, con medias moradas, sin zapatos y con una especie de capuz, parecido un poquito al del *doge* veneciano –todo él daba cierto aire de *doge* veneciano– con una capa inmensa cargada por acólitos.



Archivo Revista

Mons. Duarte



Divulgación (CC3.0)

Órgano de la Iglesia de Santa Ifigenia

El arzobispo, Mons. Duarte, era un hombre muy representativo. Era enjuto, delgado, alto, muy erguido y muy serio. Entraba y el coro cantaba bajito. Él era el primero, se arrodillaba, después besaba los pies del Cristo, el sagrado costado y las manos de Nuestro Señor. Después se retiraba por la sacristía.

¡Todo aquello era de una grandeza, de una seriedad! ¡Allí se percibía de un modo magnífico la majestad de Cristo muerto! La ceremonia me tocaba profundamente en el lado intelectual, porque todo eso se explica según la razón, pero me tocaba también el lado sensible. A propósito, el aspecto sensible y el intelectual se componían muy bien. De modo que, años después, yo aún recordaba esa escena.

El Oficio de Tinieblas

También había otras escenas grandiosas en Semana Santa. Por ejemplo, cuando rezaban el Oficio de Tinieblas. En la Catedral había sillas del coro a ambos lados del altar mayor. Por detrás del altar extendían un paño púrpura azulado que tapaba toda la parte posterior. Los Canónigos rezaban el Oficio de Tinieblas, una parte cada día: miércoles y jueves… No me acuerdo bien si el viernes había Oficio de Tinieblas, pero, como es normal en la liturgia, unas partes son propias y otras comunes, con la diferencia de que los Salmos escogidos para este día eran más lúgubres que los de los días anteriores.

Cuando terminaba, se apagaban las velas y el ceremoniero cogía la última que quedaba prendida –una vela amarilla, en señal de dolor y de luto– y la llevaba para atrás del altar, de manera que se percibía la vela, pero oculta, que simbolizaba a Nuestro Señor Jesucristo, la Luz oculta a los hombres, que permanecía en la Iglesia ya fundada, pero de un modo velado.

El último día de tinieblas era la muerte de Él. Entonces, se apagaba la vela de atrás y toda la iglesia quedaba a oscuras. Los acólitos tocaban una matraca grande de palo, con unas aldabas de metal que agitaban y hacía "plec-plec-plec". Las campanas, silenciosas hacía tiempo; no había más velas ni flores en el altar. Ya había sido la ceremonia trágica del desnudamiento de los altares, en la cual iban sacando las velas mientras el coro recitaba los Salmos, que representaban la tristeza de Nuestro Señor, que estaba por morir. Estaba todo como si la iglesia hubiese sido saqueada y pillada.

Llevaban a Nuestro Señor al sepulcro, lo cerraban… El Santísimo tampoco era más expuesto para la

adoración. Si no me engaño, corrían un paño para que no se viese la capilla del Santísimo.

El Viernes Santo era el día del horror y de la desolación. Hacía pensar que solo faltaba que apareciesen los justos de la Antigua Ley. En el caso concreto de São Paulo, solo faltaba aparecer Anchieta[2] y los justos que aquí habían vivido, andando por la ciudad e increpando a la población por los pecados cometidos.

Trazos de la bondad de Nuestro Señor Jesucristo

Todo eso conjugado tiene una belleza extraordinaria, pero lúgubre, grandiosa de hacer erizar. No obstante, con trazos bondadosos muy a la vista también.

Era una belleza el día del lavatorio de pies, el Jueves Santo. Aún no había tanta tiniebla en la iglesia y el obispo lavaba los pies de los pobres, pasándoles un paño y besándolos. Eso representaba el afecto de Nuestro Señor hacia sus Apóstoles. Era algo muy bonito.



Divulgación

Copia del Santo Cristo de Limpias

La Misa del Jueves Santo era una celebración de alegría y de tristeza. Al final de la Misa, comenzaba el desnudamiento del altar. Todo muy bien calculado y pensado, propio a tocar las almas hasta el fondo.

Yo pensaba lo siguiente: "¡Hay algo que contemplo y adoro en eso, que me hace pertenecer a la Iglesia de un modo éperdu[3]! Con toda el alma yo pertenezco a la Iglesia, la amo y creo en ella. ¡La Iglesia es mi Cielo en la Tierra! Pero hay algo dentro de eso que aún no comprendí por entero… Una maravilla nueva, un pináculo cualquiera. Yo querría haber entendido eso aún mejor."

La figura completa de Nuestro Señor Jesucristo

Había detrás de la mesa de trabajo de Mons. Duarte [Arzobispo de São Paulo], en su sala en la curia, una versión del Santo Cristo de Limpias[4]. Era un trabajo bien hecho, pero común, de carpintería, barnizado y encerado.

Aquella imagen me llamaba tanto la atención, que yo tenía dificultad de conversar con él y de fijar el tema. Un día le pregunté a Mons. Duarte, sin explicarle el motivo de la indagación:

—Señor Arzobispo, discúlpeme la pregunta, pero, ¿qué invocación de Nuestro Señor es esa?

—Es el Santo Cristo de Limpias. Lo que tiene de particular son los movimientos de los nudos en la madera. Observe que el pintor, solo con unos trazos al óleo, aquí, allá y más allá, figuró a Nuestro Señor.

Era una obra rara, una cosa extraordinaria. Allí, por ejemplo, o en el Santo Sudario, yo contemplaba enteramente lo que veía en aquellas ceremonias.

Y, por lo tanto, Nuestro Señor era el punto de reunión, de convergencia de aspectos varios. En la iconografía, su santidad me aparecía con ciertos datos y aspectos. En la liturgia se sumaban otros, dando una idea más completa de Él, que me hace mucho bien considerar.



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1986

Por fin, yo tomaría también los aspectos del orden temporal cristiano y, por lo tanto, de edificios temporales construidos bajo el aliento del espíritu de Nuestro Señor Jesucristo. Y de la unión de todo resultaría una figura completa, la cual, considerada y conocida, daría una adoración de una intensidad extraordinaria, con una capacidad inmensa de atraer o también de ser odiada…

Este es el aspecto en el cual se encuentra la unión entre las esferas espiritual y temporal: en la adoración de Nuestro Señor y en la visión de la Iglesia así. ❖

(Extraído de una conferencia del 6/12/1986)

---

1) Hasta 1954.

2) San José de Anchieta, sacerdote jesuita español misionero en Brasil, fue uno de los fundadores de la ciudad de São Paulo (*1534-†1597).

3) Del francés: apasionado.

4) Santo Cristo de la Agonía de Limpias. Imagen milagrosa situada en la iglesia de los Padres Franciscanos de Limpias, provincia de Cantabria, España.

La entrada en el camino del sufrimiento

El camino de la cruz es hermoso y lleno de sorpresas. La entrada en él es una resolución heroica y viril, pero al mismo tiempo es una ponderación de los mil matices del sufrimiento, según el Espíritu Santo va mostrando a cada alma.



Gabriel K.

Santísimo Cristo de la Catedral, Sevilla, España

Muchos predicadores –no los censuro por ello–, cuando hablan de la cruz, quieren llevar al alma en un solo vuelo hacia la admiración y la eventual aceptación de sus consecuencias en lo que tienen de más lancinante y terrible. Dicen: "Te voy a hablar de la cruz. Mira, San Vicente sufrió tal martirio así; este otro soportó tal situación...".

¿Eso es bueno o no?

Mil gamas y mil maneras de hablar de la cruz

Cuando se trata de la cuestión de la cruz, es necesario, ante todo, un discernimiento de los espíritus, porque, de hecho, la gracia llama a las personas hacia ella según las almas y en los momentos adecuados. Hay casos en los que la gracia llama, de una vez, a la cima de la cruz, y puede ser a un principiante. A veces, por el contrario, se revela lenta y gradualmente.

En un determinado auditorio, dependiendo de la situación, puede suceder que un predicador sea llevado, por el discernimiento de los espíritus, a mostrar la cruz en lo que ella tiene de más terrible: "Queridos hermanos, ¿queréis oír qué es la cruz? Escuchad estas palabras: *'Eli, Eli, lamma sabactani'*"[1] *(Mt 27, 46)*. Empezar por ahí y provocar un impacto.

También puede empezar por la doctrina de los pequeños sacrificios de Santa Teresita del Niño Jesús, porque la cruz es tan divina, tan enorme, tan compleja, que no la abraza quien quiere, y como quiere. Cada uno es atraído por el Espíritu Santo, por la gracia, a abrazarla de una manera. Y, si la abraza de manera equivocada, no entra en el camino de la cruz.

Hay, pues, mil gamas y mil maneras de hablar de la cruz.

Diferentes vías

Hay vías excepcionales y esto está relacionado con la teoría del estado de perfección al que están obligadas las vocaciones religiosas. La perfección, cuando se vive en toda su autenticidad, es un estado de cruz. Sin embargo, el estado de perfección debe ser practicado por muchos, no obstante, no por todos. Estos muchos constituyen una multitud y, al mismo tiempo, una minoría en comparación con toda la humanidad.

La gran mayoría de las personas vive la cruz en las condiciones de vida de un fiel común, porque, de lo contrario, la sociedad temporal desaparece. Por lo tanto, hay una cantidad innumerable de almas que no están llamadas a ese estado de perfección. Sin embargo, están llamadas a admirar la perfección y, por la caridad, a alcanzarla. Desde el momento en que el individuo deja de tener un amor ardiente, entusiasmado por la perfección, comienza a relajarse. Solo consigue ser correcta el alma que admiró profundamente la cruz a la que no está llamada.

Flávio Lourenço



Martirio de San Pedro de Verona – Museo del Castillo de Los Sforza - Milán

Así, predicar la cruz en lo que tiene de más terrible, pero tranquilizando al fiel: "no se deje agobiar por un escrúpulo torturante por ser incapaz de ello, por el contrario, ame el sufrimiento que no se le pide, sin dejarse devorar por él. Si le fuera pedido –porque no se sabe cuál es el futuro del hombre–, usted recibirá las gracias que ahora no tiene. En este momento, sentirse proporcionado con eso, no es su obligación.

Tengo la impresión de que, al levantarse el estandarte de la cruz, esta es la primera precaución. De lo contrario, se pierde el rumbo.

Admirar sin remordimientos

Recuerdo una experiencia personal. Yo sentía mucha admiración por los mártires, pero tenía un miedo inmenso a pasar por los tormentos que ellos pasaron. Como resultado, me sentía perturbado y me decía a mí mismo: "Tú estás extasiado de admiración por ellos. Quiero ver cuánto vale esa admiración. Me gustaría ver si, ante un león, adoptarías la misma actitud. ¡No lo harías! Eres un fracasado. ¡Este miedo demuestra que tu admiración es hipócrita!".

Y eso me perturbaba profundamente, porque parecía una increpación virtuosa. Hasta que oí a un sacerdote decir, de pasada: "La mayoría de esos mártires tuvieron la gracia en el momento de entrar en contacto con la fiera". Yo me dije: "¡Ahí está!". Empecé a admirar a los mártires sin quedarme horripilado.

Esto ocurre tanto con los sufrimientos lancinantes como con los sufrimientos menores de la vida cotidiana. De repente, vemos a alguien hacer un sacrificio del que nosotros no somos capaces. ¡Admiremos! Y admiremos sin remordimientos ni increpaciones tontas contra nosotros mismos.

Por lo general, decimos: "Es verdad, esa cruz, en este momento, yo no la llevo. ¿La llevaré algún día? ¿Cómo será cuando tenga que llevarla?".

La respuesta es la siguiente: "¡No se ponga ese problema por ahora! Admire con energía y sin restriccio-

nes, y pida la gracia para que, en caso de que le sea impuesto ese sufrimiento, tenga el valor de afrontarlo, pero sin ninguna forma de angustia que hace daño al alma". Porque, a veces, la previsión es peor que la realidad.

Los matices para soportar la cruz

Si, por otro lado, me deparo con un sacrificio que no tiene nada de extraordinario, pero que, por ser un flojo, no tengo el valor de hacer, le pediré a Nuestra Señora que se apiade de mí y me dé las fuerzas que debería tener y no tengo: *"Salve Regina, Mater misericordiæ, vita, dulcedo et spes nostra, salve...*". Rezaré y al final lo obtendré. Pero nunca me debo aproximar de la cruz en seco.

Así la cruz se vuelve manejable. De otra manera, no será posible. Y el ejemplo fue Nuestro Señor. Él, como que se manifestó sin proporción con su Cruz, hasta el punto de decir: "*Pater, si fieri potest" (Mt 26, 39)*. Y la oración, como no podía ser de otra manera, fue gratísima a Dios, que envió a un Ángel para consolarlo. Y en *el Vía Crucis*, un Cireneo, una Verónica, y el encuentro con Nuestra Señora.

Hay que entender que todo es muy matizado. Sin estos matices enviados por Dios, huimos de la cruz. Se convierte en un disparate. Si para nosotros, Dios matiza tanto el camino del sufrimiento, ¿por qué hemos de imaginarlo sin ello?

Alma abierta a la admiración

Entonces, recomiendo: procure admirar mucho la perfección a la que no será llamado. ¡Admírela, porque es una forma de obtenerla! ¿Quiere la prueba?: ¿Quién sería capaz de soportar el sufrimiento que soportaron Nuestro Señor Jesucristo o Nuestra Señora? ¡Nadie! ¡Ni de lejos tenemos la sustancia para ello!

Pero, de tanto admirar aquello de lo que no somos capaces, entra en nosotros algo de esa gracia. La admiración es el cáliz a través del cual recibimos la cualidad superior que no tenemos.

Y, en la medida en que admiro la capacidad de otro para sufrir, esa misma capacidad entra en mí. No significa que entrará tanto como hay en el otro. Pero, la medida para la que soy capaz de sufrir, a fuerza de admirar, ¡entonces yo la recibo!

El alma abierta a la admiración está abierta a todas las estrellas, a todos los soles. El alma cerrada a la admiración está entregada a sí misma. Del alma envidiosa, entonces, ni sé qué decir... Esta apedrea e insulta a las estrellas.

Entrada en el camino de la cruz

Por lo tanto, la entrada en el camino de la cruz es la admiración a la cruz. Naturalmente, ante todo al Crucificado y a la Corredentora. Pero no nos limitemos a ejemplos históricos. Procuremos ver la cruz entre aquellos que, a nuestro alrededor, practican el amor a ella.

La Pasión de Nuestro Señor no ha terminado, de alguna manera es



Flávio Lourenço

Encuentro de Nuestro Señor con Nuestra Señora – Iglesia de San Pedro, Gante, Bélgica


Flávio Aliança

permanente. Pero solo entro en conexión con aquello que pasó, cuando admiro lo que hay de análogo pasando a mi alrededor.

Por lo tanto, debemos mirar con admiración a nuestro alrededor.

Sé que muchos tienen la práctica tan desafortunada y miserable de no hacer examen de conciencia y ni siquiera saber lo que pasa en su propia alma. Por ahí entran guijarros de envidia. ¡No nos hagamos ilusiones! O tenemos la certeza de que tratamos de expulsar la envidia, o ella habita en nosotros. No es alentador, pero es la pura verdad.

El camino de la cruz y los grados de perfección

Respecto al condicionamiento del camino de la cruz, hay que decir lo siguiente: sería un error afirmar que las personas llamadas a la vida temporal no están llamadas a la perfección.

De hecho, todos los que pertenecen a Órdenes religiosas están llamados al estado de perfección. El religioso que se niega explícitamente a tender hacia la perfección comete, ipso facto, un pecado mortal. Es doctrina de la Iglesia que debe tender a la perfección.

Pero, si en la sociedad no hay un considerable número de personas que, dentro de sus condiciones de vida, busquen la perfección cristiana, o al menos tengan la intención de buscarla, la sociedad temporal se marchita, perece.

Por lo tanto, no debemos identificar la "perfección" únicamente con la condición eclesiástica o religiosa, admitiendo la imperfección descarada en la sociedad temporal. Cada uno ha sido llamado a un grado de perfección. La gran mayoría no ha sido llamada al estado de perfección de los religiosos, sino a un cierto techo de perfección dentro de la vida que lleva, y a eso debe aspirar tender.

En la iglesia de San Basilio, en Moscú, tenemos una imagen de ello. Aquellas cúpulas podrían ser el gráfico de las perfecciones. Algunas perfecciones son enormes, otras son pequeñas, torrecillas con una cúpula diminuta en la punta. Así es la multitud de las almas. Cada alma es como una torre que tiene en lo alto una cúpula, es decir, una perfección propia a la que debe tender.

Alguien puede llegar al Cielo sin pasar por el Purgatorio, habiendo vivido en la sociedad temporal para una perfección menor. Y, por haber sido recto en esa perfección, siguió un ideal muy bello y alcanzó la visión de Dios.


Nagarjun(CC3.0)

Cúpula de la Iglesia de San Basilio

Al comprender esto, creo que el alma se tranquiliza y está mejor preparada para entrar en el camino de la cruz, que es hermoso y lleno de sorpresas, como una navegación en un mar desconocido que presenta tanto tormentas y las trampas más tenebrosas, como también los más magníficos panoramas.

Suavidades colocadas por la Providencia

Hay cosas que para la gente común sería un sacrificio espantoso practicarlas. Sin embargo, cuando alguien es llamado a realizarlas por vocación, se llena de alegría y consuelo hasta los últimos días de su vida.

En la Gruta de Lourdes, por ejemplo. Allí hay hombres y mujeres que se esmeran en bañar a los enfermos. Alguien podría decirles: "Mira, allí vas a entrar en contacto con todo lo más repugnante y terrible. Cuando toques el agua de ese baño inmundo, donde hay costras de heridas y pus

de todo el mundo, los microbios más amenazadores de todas las enfermedades podrán tener contacto contigo. Esas piscinas son antihigiénicas en el sentido más violento y literal de la palabra, y tú pondrás tus manos limpias y desinfectadas para lavar a esos enfermos. Será una tortura todo el día".

¡No es una tortura! Vaya, toque eso, la gracia tocará su alma de otra manera y todo será hecho con naturalidad. No considere la cosa como en concreto no va a ser.

Con muchos sufrimientos ocurre esto, con otros no. Se sufre mucho, pero no se percibe que la Providencia pone una suavidad en el alma a propósito de ese sufrimiento. Cuando termina, a la persona le gusta recordarlo y, a veces, vuelve al lugar donde sufrió para dar gracias a Nuestra Señora.

En el núcleo del sufrimiento, una dulzura

Es necesario que cada uno comprenda que no se debe confrontar el sufrimiento futuro con el estado de espíritu actual, porque cuando llegue el momento, Nuestra Señora obtendrá las fuerzas. Más aún, Ella, que es Madre de Misericordia, nos dará los medios para sufrir potablemente.

Hay una dulzura especial en el núcleo del sufrimiento, cuando recordamos lo siguiente: esta cruz me ha sido dada por Dios, es la suave almohada que la Madre de la Misericordia me ha preparado para aguantar. ¡Sigamos adelante! Cuando esto termine, echaré de menos estos días.

Es como Jesús con los discípulos de Emaús. En la hora de marchase, Lo reconocen. Cuando cesa el sufrimiento, nos damos cuenta qué mano nos estaba sosteniendo y nos quedamos encantados.

¡No nos asustemos! La entrada del camino del sufrimiento es una resolución heroica y viril, pero al mismo tiempo es una ponderación de las mil protecciones que entran en ello. De lo contrario, no se ha vivido ni se ha sufrido católicamente.



Luis Samuel

Sagrado Corazón de Jesús (Acerbo particular)

Para mí, el mejor ejemplo es la iconografía del Sagrado Corazón de Jesús. Todas las imágenes Lo representan con el Corazón coronado de espinas, traspasado, herido por un dolor. En la parte superior, ardiendo una hermosa llama del amor de Dios, de virtud, y señalando con la mano el Corazón para que los demás vean cuánto Él sufría. Pero, al mismo tiempo, sonriente, afable, bondadoso, digno y, ¿por qué no decirlo?, incluso noble, ¡es Rey! Rex dolorum, pero también Rex caritatis. Rey del amor de Dios y del amor a los demás. ¡Es un prodigio de equilibrio en el dolor! ❖

(Extraído de conferencia del 6/12/1985)

---

1) «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Santoral



Divulgação (CC3.0)

Santiago Cusmano

1. II Domingo de Cuaresma.

San Suitberto, obispo (+713). Siendo monje en la Nortumbria, Inglaterra, tuvo como compañero a San Wilibrordo; San Wilfredo lo ordenó obispo y tuvo la oportunidad de anunciar el evangelio a los batavos, frisones y otros pueblos de Germania. Ya de edad avanzada, entregó su alma al Señor de manera muy piadosa, en el monasterio fundado por él.

2. Santa Ángela de la Cruz (María de los Ángeles Guerrero González), fundadora (+1932). Fundó el Instituto de las Hermanas de la Compañía de la Cruz.

3. Santos Cleónico y Eutropio, mártires (+s. IV). Recibieron la palma del martirio durante la persecución del emperador Maximiano, bajo las órdenes del prefecto Asclepiodoto.

4. San Casimiro, príncipe (+1484).

Beata Plácida (Eulalia Viel), virgen (+1877). Resplandeció por su celo y humildad en el gobierno de la Congregación de las Escuelas Cristianas de la Misericordia.

5. San Teófilo, obispo (+195). Rigió la diócesis de Cesarea, Palestina, en el tiempo del emperador Septimio Severo; poseía una gran sabiduría y llevó una vida integra.

6. San Crodegando, obispo (+766). Recomendó al clero la observancia de los claustros para conseguir una norma de vida irreprensible y promovió de modo insigne el canto en la Iglesia.

7. Santas Perpetua y Felicidad, mártires (+203).

Beato Leónidas Fedorov, obispo y mártir (+1935). Ejerció su ministerio como exarca apostólico de los católicos rusos del Rito Bizantino. Martirizado en Kirov, Rusia.

8. III Domingo de Cuaresma.

San Juan de Dios, religioso (+1550).

San Esteban, abad (+1159). Primer abad del monasterio de Obazine. Asoció los tres monasterios fundados por él a la Orden del Císter.

9. San Francisca Romana, religiosa (+1440).

San Vital de Castronuovo, monje (+993). Profesó como religioso en el monasterio de San Felipe de Agira, Sicilia. Partió de peregrinación a Roma y concluida esta, se estableció en Calabria, como ermitaño, fundador de varios monasterios. En algún momento, los sarracenos lo hicieron prisionero, pero recuperó su libertad, y entonces se trasladó a la región de Torri. Murió santamente después de iniciar la fundación del monasterio de Rampolla, en la Lucania, Italia.

10. San Macario de Jerusalén, obispo (+s. IV). Defensor de la fe contra el arrianismo. Descubrió el Santo Sepulcro, restauró los Santos Lugares y supervisó la construcción de la Basílica del Santo Sepulcro, en la época de Constantino y Santa Elena.

11. San Oengo Culdeo, monje (+c. 824). Escribió un martirologio de los santos de Irlanda.

12. San Maximiliano, mártir (+295). Hijo de un veterano militar llamado Víctor. Respondió al procónsul Dionio, ante la orden de ser miembro del ejército: "señor, en mi calidad de cristiano, no me es permitido servir como soldado". Tenía que hacer el juramento militar, pero lo rechazó y entonces, fue muerto a filo de espada.

13. San Sabino, mártir (+s. IV). Durante la persecución de Diocleciano, fue interrogado y siempre mantuvo la integridad de su Fe cristiana. Finalmente, lo lanzaron al río Nilo.

14. Santa Matilde, reina (+968). Hija de nobles sajones, esposa del rey Enrique I. Al morir el rey, sus hijos la exiliaron acusándola de dilapidar los bienes reales en beneficio de la Iglesia. Pasados algunos años, se reconciliaron y restituyeron sus posesiones, pero ella prefirió seguir en la vida religiosa que había abrazado.

Beato Giacomo Cusmano, presbítero (+1888). Fundó el Instituto de Misioneros Siervos y Siervas de los Pobres, en Italia.

15. IV Domingo de Cuaresma.

San Clemente María Hofbauer, presbítero (+1820). Miembro de la Congregación del Santísimo Reden-



Divulgação (CC3.0)

Beata Plácida (Eulalia Viel)

* Marzo *

tor, trabajador de la propagación de la fe en tierras lejanas y en la reforma de la disciplina eclesiástica. Dotado de talentos y virtudes excepcionales, pudo persuadir a personas insignes en las ciencias y en las artes, para que adhirieran a la Iglesia.

16. Beato Juan Sordi (o Cacciafronte), obispo y mártir (+1181). Como abad, fue condenado al exilio por causa de su fidelidad al Papa; lo eligieron obispo de Mantua y transferido finalmente a la sede episcopal de Vicenza, donde un sicario lo asesinó, por causa de su irreductible defensa de la libertad de la Iglesia.

17. San Patricio, obispo (+461). Es considerado el "Apóstol de Irlanda"; junto a Santa Brígida y San Columba, ostenta el patronazgo del país. Obispo de Armagh.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y Doctor de la Iglesia (+c. 386).

San Braulio, obispo (+651). Muy amigo de San Isidoro, a quien le ayudó en la tarea de restaurar la disciplina eclesiástica en toda la Península Ibérica, con elocuencia y sabiduría.

19. Solemnidad de San José, Esposo de la Virgen María y Patrono de la Iglesia Católica.

Beata Sibilina Biscossi, virgen (+1367). Perdió la vista a los doce años de vida y durante sesenta y cinco años vivió religiosamente en una celda continua a la iglesia de los dominicos en Pavía, región de Lombardia, Italia. Era procurada por muchas personas, que se sentían iluminadas por la luz interior que emanaba de su virginal y piadoso espíritu.

20. San Arquipo (+s. I). Compañero de San Pablo en el anuncio del evangelio, nombrado en las epístolas a los Colosenses y a Filemón.

21. Beato Miguel Gómez Loza, padre de familia y mártir (+1928). Abogado, laico comprometido y líder católico, defensor de los derechos de los más necesitados, miembro de la Liga Defensora de las Libertades Religiosas, gobernador de Jalisco, su región natal. En plena Guerra Cristera, los Federales lo perseguían, fue capturado, lo golpearon y acribillaron cerca de Atotonilco el Alto, Región de Jalisco, México.

22. V Domingo de Cuaresma.

Santa Lea, viuda (+c. 383). Dama romana, San Jerónimo fue su director espiritual y consideraba a esta mujer un ejemplo de conversión plena y la elogió por la práctica de las virtudes cristianas de humildad y servicio.

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo (+1606).

Beato Pedro Higgnis, presbítero y mártir (+1642). Irlandés, de la Orden de los predicadores. Durante el reinado de Carlos I de Inglaterra, como perseveraba en la fidelidad a la Iglesia Católica, fue ahorcado sin proceso ninguno.

24. Santa Catalina de Suecia, virgen (+1381). Hija de Santa Brígida, contrajo matrimonio muy joven, pero, de común acuerdo con su esposo, guardó la virginidad y al fallecer este, se consagró a la vida de piedad.

25. Anunciación del Señor.

San Dimas, (s. I). Conocido como "el buen ladrón", colgado de una cruz, defendió la inocencia de Jesús, y profesó la Fe en el Reino de los Cielos y recibió una gran promesa: "Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso".

Santa María Alfonsina Danil Ghattas, virgen (+1927). Fundadora de la Congregación de las Hermanas Dominicas del Santísimo Rosario de Jerusalén.

26. Beata Magdalena Catalina Morano, virgen (+1908). Pertenecía al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, consagrada e incansable catequista, recorrió la región de Catania, en Sicilia, Italia.


Flavio Lourenço

San Braulio

27. Beata Panacea de Muzzi, virgen y mártir (+1383). Su madrastra la maltrataba, haciéndola sufrir mucho y, al final, terminó asesinándola en el interior de una iglesia, mientras rezaba.

28. San Proterio, obispo (+454). Un Jueves Santo día de la Cena del Señor, se originó un motín popular, durante el cual lo asesinaron los monofisitas, secuaces del predecesor Dióscoro.

29. Domingo de Ramos.

30. Lunes Santo.

San Zósimo, obispo (+c. 600). Siendo aún un niño, ingresó al monasterio de Santa Lucía, donde profesó y se tornó custodio del sepulcro de la santa. Al morir el Abad, lo eligieron como sucesor y lo ordenaron presbítero. Años más tarde fue nombrado obispo de Siracusa, que la rigió santamente durante trece años.

31. Martes Santo.



Flavio Lourenço

Nobleza y dignidad del Esposo de la Virgen María

Establecido como intermediario intercesor ante Nuestra Señora, San José ocupa un lugar eminentísimo en el Cielo. Su noble linaje, su santidad y sus excepcionales dones certifican la incomparable grandeza de su misión.

Por poderosa que sea la intercesión de Nuestra Señora, la Providencia quiso establecer intercesores secundarios, como San José.

Preparado para ser el padre adoptivo de Jesús

San José atravesó tremendas perplejidades durante su vida; no las conocemos todas, pero, por ejemplo, la pérdida del Niño Jesús en el Templo fue para él una ocasión de terrible prueba.

Así como Nuestra Señora fue siendo preparada para ser la Madre de Dios, también debía haber una preparación para San José, para que pudiera estar a la altura de ser el padre adoptivo del Niño Jesús.

Decir "adoptivo", en el sentido común de la palabra, implica algo de contractual: El padre adopta a un hijo; éste, si está en la edad de la razón, consiente en la adopción. De lo contrario, los padres o tutores lo entregan al otro padre. No se establece ningún vínculo natural.

Ahora bien, aunque San José no haya sido el padre natural del Niño Jesús, como esposo de Nuestra Señora, tenía derecho efectivo al fruto de sus entrañas sacratísimas. No se trataba de una paternidad convencional ni estipulada, sino que, de alguna manera, resultaba del orden natural de las cosas. De tal forma que era evidente que su alma había sido preparada para tal misión.

Grandeza proporcionada a la misión

En este sentido, consideremos algunos extractos de un sermón de San Bernardino de Siena[1] sobre la grandeza de San José:

Las gracias de Dios, especialmente en San José, son proporcionadas a su misión. Respecto a todas las gracias particulares concedidas a cualquier criatura racional, es una regla: siempre que la gracia divina elige a alguien para un favor singular o para un estado elevado, le concede todos los dones necesarios a la persona así elegida y a su misión; dones que lo adornan abundantemente.

Esto es evidente con respecto a los padres del Antiguo Testamento: Moisés, Josué, Abraham, Isaac, Jacob, David, Salomón y los demás profetas. También es evidente en el Nuevo Testamento, con respecto a la Santísima Virgen, los Apóstoles, Evangelistas, Doctores y fundadores de Órdenes Religiosas. Y se realizó plenamente con respecto a San José, padre adoptivo de Nuestro Señor Jesucristo, verda-

dero esposo de la Reina del mundo y de los Ángeles, quien fue elegido por el Padre Eterno como fiel sustentador y custodio de sus principales tesoros, es decir, de su Hijo y de su Esposa. Tal misión él la cumplió fidelísimamente.

De San José sabemos muy poco, sea directamente o a partir de fuentes históricas. La única descripción que se le da en la Escritura es que era un "varón justo" (Mt 1,19). Entonces, ¿cómo podemos imaginar las virtudes que lo adornaban y qué datos podríamos tener para calcular su alcance?

San Bernardino de Siena ofrece aquí un argumento irrefutable: todos los hombres dotados de una gran misión, por la ejemplificación histórica, también están dotados de dones excelsos. Ahora bien, San José tuvo una misión excepcional; por lo tanto, debió haber recibido una gran abundancia de dones.

Durante la noche de Navidad, San José recibió gracias extraordinarias. ¿Quién puede negar que los pastores, llamados a la primera adoración, no recibieron grandes gracias? Ahora bien, si esto se pasó con aquellos hombres sencillos que estaban cerca, ¿cómo no admitir que, *a fortiori*, San José recibió gracias mucho mayores por su unión con Nuestra Señora y su relación con el Niño Jesús?

Tenemos plena certeza de que fue grandísimo, aunque no tengamos una descripción concreta de cómo fue esa grandeza. Pero es un silogismo ineludible.

Linaje Noble: Un adorno para María

Sobre la Nobleza de San José según la Carne

Primero, se describe en este santísimo varón el estado de la naturaleza en el que brilla la nobleza de su generación. Él fue efectivamente de linaje patriarcal, real y principesco, según la línea directa de su nobleza natural. Para comprender mejor, consideremos la nobleza natural de tres personas: de la Esposa, del Esposo y de Cristo.

Este argumento es interesante. Quizás nunca se haya escuchado un sermón que elogie a San José como noble. Generalmente, se le presenta como un pobre carpintero, digno de lástima, que aserró un trozo de madera y ganó algo de dinero para comprar una hogaza de pan. Ésta es la figura que ofrece el espíritu sentimental de nuestro tiempo. Describir al Santo Patriarca como un príncipe de la Casa de David, y apelar a su prodigiosa ascendencia, no se ve.

De la nobleza de la Bienaventurada Virgen María según la carne

La Santísima Virgen fue más noble que todas las criaturas que existieron, existen y existirán. Pues Mateo, en el capítulo 1, versículos 1-16, al ubicar tres veces catorce generaciones desde Abraham hasta Cristo inclusive, muestra que Ella desciende de catorce patriarcas, catorce reyes y catorce príncipes.

¡Eso sí que es saber argumentar! Y los estudios genealógicos, tan despreciados por los modernos, incluida la izquierda católica, adquieren aquí un extraordinario brillo. Porque bastaría decir que Nuestra Señora fue la Madre de Dios para que todo quedara dicho. De hecho, el mismo Espíritu Santo, a través de las Sagradas Escrituras, quiso indicar su grandeza, señalando la genealogía de patriarcas, reyes y príncipes. San Bernardino de Siena –con inmenso dolor para el espíritu democrático de nuestro tiempo– lo destaca maravillosamente.

Lucas también, al describir su nobleza, expuso su genealogía, comenzando precisamente con Adán y Eva, hasta Cristo Dios. Cristo recibió de la Virgen toda la humanidad y las consiguientes dignidades de ella, a saber: la de conocimiento, para que se dijese "Hijo de David"; y la de consanguinidad, para poder decir que tenía hermanos de noble linaje. Todo esto lo recibió de su bendita Madre. Y también para que fuese el último Príncipe, el último Rey y el último Patriarca de todo el pueblo de Israel. Y esto no lo recibió de otra fuente, sino de la Santísima Virgen, para demostrar claramente que la nobleza corporal concedida a la humanidad en Adán fue dada por Dios principalmente para llegar, a través de numerosas generaciones, a la



Erico Silva

Pérdida del Niño Jesús en el Templo - Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo

Virgen María. Y por medio de la Virgen Madre, para culminar en Cristo, el Bendito Hijo de Dios.

En otras palabras, la Providencia consideró necesario, para la grandeza de Nuestra Señora, que Ella naciera y procediera de sangre noble; de tal manera que la nobleza pudiera ser un adorno, incluso para Aquella que es el adorno de todas las cosas, María Santísima.

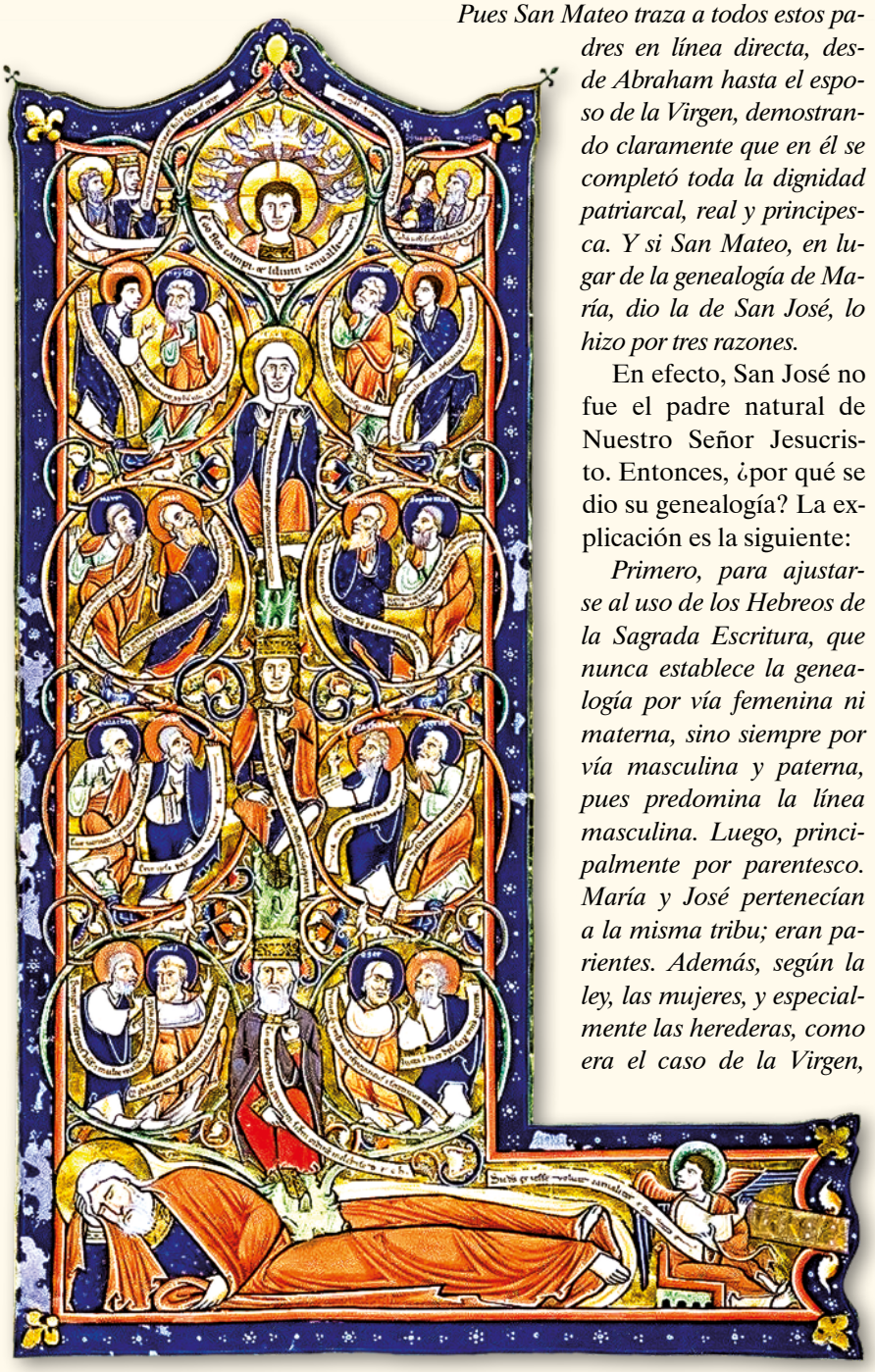
Consanguinidad de San José con Nuestro Señor

Sobre la nobleza natural de San José

San José nació de linaje patriarcal, regio y principesco, en línea directa. Pues San Mateo traza a todos estos padres en línea directa, desde Abraham hasta el esposo de la Virgen, demostrando claramente que en él se completó toda la dignidad patriarcal, real y principesca. Y si San Mateo, en lugar de la genealogía de María, dio la de San José, lo hizo por tres razones.

En efecto, San José no fue el padre natural de Nuestro Señor Jesucristo. Entonces, ¿por qué se dio su genealogía? La explicación es la siguiente:

Primero, para ajustarse al uso de los Hebreos de la Sagrada Escritura, que nunca establece la genealogía por vía femenina ni materna, sino siempre por vía masculina y paterna, pues predomina la línea masculina. Luego, principalmente por parentesco. María y José pertenecían a la misma tribu; eran parientes. Además, según la ley, las mujeres, y especialmente las herederas, como era el caso de la Virgen, sólo debían casarse con hombres de su tribu, e incluso de su mismo parentesco, en el grado permitido.



SimonP(CC3.0)

El árbol de Jesé - Biblioteca Nacional de Francia

Nuestra Señora era heredera, no había hombres, ni hubo otros hermanos; heredó la nobleza que le llegó a través de San Joaquín, y debía casarse con un hombre de la misma tribu y, preferiblemente, de la misma familia; esto para que la nobleza heredada se aproximara lo más posible a ese mismo linaje.

Por lo tanto, dado que San José era un hombre justo, como afirma San Mateo, si María no hubiera sido de su tribu, nunca se habría casado con ella. Finalmente, fueron registrados al mismo tiempo en Belén, como descendientes del mismo linaje.

En tercer lugar, se presenta la genealogía de José, y no la de María, para mostrar la excelencia del matrimonio entre María y José, en el que nació Cristo y en el cual la unión fue tan estrecha que, por ello, José fue llamado, en cierta y verdadera manera, el padre de Jesucristo.

Convenía que San José, siendo únicamente el padre adoptivo de Nuestro Señor, fuera pariente suyo en grado muy cercano, para que, de alguna manera, la consanguinidad le confiriera más calor vital, ontológico, a aquel parentesco adoptivo.

De la nobleza de Nuestro Señor Jesucristo, en cierto modo heredada de sus padres

Cristo fue, por tanto, como se desprende de lo dicho, Patriarca, Rey y Príncipe, tanto por parte de Madre como de Padre. […] Los evangelistas describieron la nobleza de la Virgen y de José para manifestar la nobleza de Cristo. José era, pues, de tal nobleza que, en cierto modo, si se me permite expresarlo así, concedió la nobleza temporal a Dios en Nuestro Señor Jesucristo.

¡Es lo máximo en materia de nobleza! Entregar la propia nobleza a Dios, ¡ser tan noble que Dios quiera revestirse de esa noble carne para hacerse Hombre! Es una maravilla. Observen cómo un santo sabe tratar un tema con superioridad y extraer

de él luces que los sermones opacos e impíos, durante siglos de predicación, no podrían extraer. Ese es el esplendor de la santidad.

Esposo virgen, de la estatura de la Virgen Madre

¡Cuán santa fue la vida de San José con la Santísima Virgen y qué perfección alcanzó!

Si en la Pasión Cristo confió a su Madre únicamente a un discípulo virgen, ¿no debería suponerse que antes de la concepción, en cuanto jovencita, la haya confiado al cuidado de un hombre virgen? Por eso San Jerónimo dice que José era virgen para que de María naciera, de una unión virginal, un Hijo virginal.

Tras mencionar la nobleza de San José, San Bernardino destaca la virtud más propia del noble: la pureza; y cuya falta, es decir, la impureza, contamina las dos cosas más sublimes que existen en la tierra: en primer lugar, el sacerdocio y, en segundo lugar, la nobleza. Un noble, al ser impuro, cae en el pecado que destruye radicalmente su condición.

San José poseía de manera súper eminente tanto la nobleza como la pureza; la nobleza, por las razones explicadas; la pureza, por la razón también aquí indicada. O, mejor dicho, cuando Nuestro Señor Jesucristo estaba para morir, quiso que su Madre Virgen fuera entregada a un Apóstol virgen. ¿Y no habría querido que fuera entregada y custodiada por un esposo virgen? Para ser esposo de la Virgen de las vírgenes, ¿podría no ser virgen? Es algo inconcebible.

Aquí está mi lamentación: es una lástima que no haya entre nosotros ningún artista que sepa hacer una imagen de San José según estas concepciones de San Bernardino de Siena. Un hombre de ropaje sencillo, porque era pobre, pero que brillaba, a través de la sencillez de sus ropas, por la dignidad, la categoría, la amplitud de miras, la seguridad de sí mismo, la seguridad de un hombre que es patriarca, rey y príncipe. Y, al mismo tiempo, el resplandor de la virginidad iluminándolo por completo.



Gabriel K. / Flávio Aliança

Éste sería un verdadero San José, según el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María, tan diferente de todas las imágenes que conozco: aún no he visto una que corresponda a la figura que la piedad del verdadero católico debe hacer de él y, que de él hace esta estupenda descripción San Bernardino de Siena.

¡He aquí la grandeza del Santo Patriarca! Y así debemos ver en él un intercesor ante Nuestra Señora, pero un intercesor grandísimo entre los intercesores secundarios, porque es secundario sólo en lo que concierne a Ella y no a los demás mediadores, en relación con los cuales ocupa un lugar eminente y quizá el más grande de todos. ❖

(Extraído de conferencias del 8/10/1966 y del 23/12/1968)

---

1) Ficha extraída de la obra: SAN BERNARDINO DE SIENA. Sermón II. In vigilia Nativitatis Domini. De Sancto Ioseph sponso Beatæ Virginis. In: *Ópera Omnia.* Florentiæ: Ad Claras Acquas, 1959, v. VII, p.16-21

¿Cómo consolar a nuestro Redentor?

En la Pasión, Nuestro Señor Jesucristo sufrió mucho más por los pecados e infidelidades de la humanidad que por los dolores físicos que le fueron infligidos. Llevar una vida íntegra es un modo de consolarlo.



Flávio Lourenço

Pronto entraremos en la Semana Santa. El Jueves Santo se conmemora la Institución de la Sagrada Eucaristía, en la Última Cena, donde Nuestro Señor Jesucristo lava los pies de los Apóstoles y les perdona, por tanto, sus pecados. En ese día Judas rompe con el Colegio Apostólico.

El Evangelio es muy expresivo: "Era de noche" (*Jn 13, 30*). Noche en que Nuestro Señor comienza su Pasión con la Agonía en el Huerto. De ahí toda la secuencia de acontecimientos, al mismo tiempo sublimes y dramáticos, que la piedad católica se complace en reconsiderar todos los años.

El Redentor sufrió más en el alma que en el cuerpo

Para esta ocasión, debemos tener un sentimiento de compasión por lo que le sucedió a Nuestro Señor. Pero no podemos olvidar lo siguiente, pues, a mi modo de ver, debe ser la consideración central de la Semana Santa: Nuestro Señor sufrió mucho más por los pecados de los hombres que por los sufrimientos que le fueron infligidos.

Imaginemos, paradójicamente, que Él estuviese en una hoguera durante horas y horas, sufriendo el suplicio de ser quemado vivo, pero supiese que había a su alrededor, de rodillas, una multitud contrita de dolor, e incluso los propios autores de ese crimen estuviesen contritos de dolor; y supiese también que, a lo largo de los siglos, no se pecaría más, porque Él había sacrificado su vida. El dolor físico sería tremendo, pero su sufrimiento sería mucho menor que el que tuvo.

En la Pasión, su dolor físico fue tremendo, pero su dolor mayor fue el dolor moral. Nuestro Señor Jesucristo, Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad humanada, a pesar de ver su Sangre Divina derramada por nosotros, vio que esta sería injuriada durante siglos y siglos. Vio los pecados que se cometerían y los vio aumentar. De tal manera que se aplica a Él el pasaje: "*Quæ utilitas in Sanguine meo?*" "¿Qué utilidad tiene mi Sangre? (Cf. Sal 29, 10) ¿Por qué estoy padeciendo todo esto?".

Hay algo de esa pregunta en el momento desgarrador del "*Deus, Deus meus, quare dereliquisti me?*" "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Como quien dice: "¿Por qué todo este sacrificio, oh Dios mío?". De hecho, estas palabras inician un Salmo profético (Cf. Sal 21, 2).

Él desea un acto de amor y reparación de nuestra parte

Vio nuestros pecados, vio el pecado de la Revolución y padeció por todo eso. En estas condiciones,

Nuestro Señor sufrió y desea nuestra reparación, desea un acto de amor y de indignación.

Si yo tengo un padre que está siendo abofeteado y miro con mansedumbre a los malhechores, no estoy amando a mi padre. Debo indignarme, debo protestar, debo interponerme entre él y quien lo ataca: "¡No, señor! ¡Esto es conmigo! ¡Yo asumo este caso, quien está en la lucha soy yo!".

Debemos lamentar que el mundo entero no esté en esa situación. Debemos lamentar que nosotros mismos no tengamos una postura de alma íntegramente así, como exigirían la fidelidad y el agradecimiento a tantos dones. Entonces, no podemos solo presentar a los pies de la Cruz los pecados de la humanidad. Debemos también pedir perdón por nuestros pecados individuales.

Habiendo almas interiores y puras, la Tierra sería renovada

Al mismo tiempo, debemos presentar la Sangre de Cristo y las lágrimas de María al Padre Eterno como modo de agradecer el beneficio inestimable de formar parte de los pocos que dijeron sí. Un sí más fuerte o menos fuerte; más puro o menos puro; más duradero y lleno de entusiasmo, o como el de Nicodemo; pero, en fin, dijeron sí.

Coloquémonos a los pies de la imagen de Nuestro Señor flagelado para rezar, para pedir, para suplicar, por intercesión de su Madre Santísima, que perdone nuestros pecados y haga de nosotros aquellos hombres de Dios contra quienes ningún adversario resiste.

Si hubiese en la Tierra muchos hombres de Dios, muchas almas interiores que sacrificasen todo para ser puras, para no pecar por respeto humano, por orgullo, por vanidad, por comparaciones, por rivalidades; si los tuviésemos en gran número, la faz de la Tierra se renovaría. Pidamos ser de esos hombres.

Renunciar a los defectos o ser un payaso a los propios ojos

Hay un pensamiento que a mí siempre me ha hecho mucho bien. O se renuncia al amor propio, a la impureza y a sus secuelas, o se es un payaso, y un payaso a los propios ojos.

Estoy pronunciando estas palabras. Pues bien, ellas solo conseguirán hacer algún bien en la medida en que yo sea un hombre puro, sin amor propio.

Al terminar el día, cuando vaya a mi casa y, al fin, comience a descansar, debo examinar si pronuncié estas palabras con un corazón recto. Si tengo la conciencia de haber combatido la impureza y el orgullo, puedo recostar mi cuerpo exhausto y decir: "Señor, cuando el cansancio se evapore de mi cuerpo por el reposo, será como un sacrificio que sube a Vos. Quered recibirlo en olor de suavidad ante Vos. María Santísima, intermediaria de todos los hombres ante Dios, dad a mi sacrificio lo que le falta, para que Dios lo tenga por agradable". Cierro los ojos y duermo tranquilamente.

Si no es eso, ¿qué fue lo que hice? Renuncié a cuántas comodidades, a cuántos placeres, a cuántas ventajas en la vida, pero no hice apostolado. Llevé una vida dura y difícil, pero fui vanidoso, orgulloso y, al final de mi día, gasté el tiempo que Dios me dio haciendo una comedia de apostolado. ¿Qué fui? ¡Un payaso!

No basta con tener los pasos en el camino correcto

Tomemos esto muy en cuenta. Nuestra situación es terrible. Recibimos una opción admirable, pusimos nuestros pasos a lo largo del camino correcto, pero en este camino correcto tenemos que llevar la mente y el corazón acertados.

Pidamos esto a Nuestra Señora, preparándonos así para la Semana Santa, con esta jaculatoria que se reza al comienzo de todas las estaciones del Vía Crucis:

Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum.

Os adoramos, oh Cristo, y os bendecimos, porque por vuestra Santa Cruz redimisteis al mundo.

Yo añado: ¡Nuestra Señora de las Lágrimas, Nuestra Señora de los Dolores, rogad por nosotros!

Entremos, pues, con ardor en la Semana Santa. ❖

(Extraído de conferencia del 26/3/1986)



La divina impotencia del Omnipotente

Hay horas siniestras en la Historia en que Dios da la impresión de que se dejó amarrar, pareciendo colaborar con sus infames adversarios. Sin embargo, por detrás de la divina y voluntaria impotencia, Él inflige la mayor de las derrotas a satanás operando sus designios redentores de un modo magnífico.



Gabriel K.

Entre las reliquias de la Pasión que pudieron venerar [algunos] miembros de nuestro movimiento durante una peregrinación que hicieron, dos me impresionaron sobremanera.


Flávio Lourenço

Dos símbolos de la divina y voluntaria impotencia de Dios

Para guardar una de ellas, si yo pudiera, mandaría construir la mayor catedral de la faz de la Tierra. Se trata de la cuerda, entre todas sacrosanta, que ligó las divinas manos de Nuestro Señor Jesucristo.

Yo la imagino como una cuerda fuerte, bruta, de calidad ordinaria; que apretó el pulso sagrado por tanto tiempo y tan de cerca que ella misma quedó medio desgastada y aún debe estar empapada de aquella sangre ya coagulada que nos cerró el Infierno y nos abrió las puertas del Cielo. Sangre de la cual nacieron la Santa Iglesia y la Civilización Cristiana.

La otra reliquia es un fragmento de la caña o de la vara que, como un cetro de irrisión, Nuestro Señor Jesucristo cargó en las manos.

Ambas reliquias son símbolos de la impotencia del Omnipotente. Ellas marcan esas horas siniestras de la Historia en que Dios da la impresión de que se dejó amarrar y no puede hacer nada, en las cuales debemos comprender su divina y voluntaria impotencia.

Él, Señor de todos los Ejércitos Angélicos, que vencieron tan garbosamente a satanás y que lo tiene encadenado en el Infierno; Él, por cuyo poder infinito los astros gravitan y los Ángeles sustentan el orden del universo; los animales nacen y se reproducen, se alimentan y van llenando la Tierra, y las plantas prosperan y crecen con exuberancia.

Él, por cuya fuerza vuelan los pajaritos y las mariposas, y con cuya fuerza embisten los leones. Él, maniatado, teniendo en su mano la vara de la imbecilidad, siendo tratado como un bobo, como un cretino, un impostor que se dice dueño del reino que no existe y que, de existir, no es suyo. Esta vara de irrisión es únicamente una provocación, porque Él será objeto de sacrilegios aún más terribles. Él, con la majestad de su dolor, con la majestad de su impotencia, carga la vara del bobo. ¡Él, la Sabiduría Encarnada, el Hijo de María!


J. P. Braido

¡Qué daría yo para poder besar esa cuerda y esa vara! Y yo rezaría antes aquella oración lindísima que el sacerdote reza durante la Misa, antes de leer el Evangelio: "Dios, que purificasteis los labios al Profeta Isaías con una brasa ardiente, purificad también mis labios para que, con dignidad y competencia, anuncie vuestro Santo Evangelio."[1]. Yo adaptaría: "para que, no con mi indignidad, yo bese vuestra cuerda sagrada."

Presagio de la situación actual de la Iglesia

Tal es la visión espléndida, magnífica de un Dios maniatado, respecto de quien, tantos siglos después, Bossuet cantaría

la gloria de lo alto de algunos de los púlpitos de Francia, llamándolo de un Dios *brisé, rompu, anéanti*[2] –un Dios deshecho, quebrado, aniquilado–, pero omnipotente, que, con las manos amarradas y reducido a nada, allí estaba sufriendo su Pasión y, de hecho, sin que nadie se diera cuenta, infligía la mayor de las derrotas al adversario.

Nuestro Señor Jesucristo hacía presagiar la actual situación de la Santa Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, realmente parecida a más no poder con Él maniatado.

Estaba puesto el designio: una vez cometido y lanzado en la Historia el pecado de Revolución y puestas las tentaciones sucesivas que se abatirían sobre los hombres –las flaquezas, las infamias, las ignominias con que ellos se portarían delante de esas tentaciones, la libertad creciente dada al demonio para que fuera tomando el imperio sobre la Tierra– todo llegaría hasta una derrota.

Se tiene la impresión de que la Iglesia y la Civilización Cristiana están como Nuestro Señor Jesucristo maniatado. Cada siglo que pasa en la Historia de la Revolución, tenemos la impresión de que la Iglesia está cada vez más fuertemente maniatada, y que las cuerdas van amarrándola más y, como que, su posibilidad de acción va disminuyendo, hasta el momento de llegar a esta celestial y divina "impotencia" de nuestros días.

Lo amarraba, no la cuerda, sino su designio redentor

¡Qué misterio! Lo que amarraba aquellas manos no era la cuerda, sino solamente su designio de no romperla, nada más. Misterioso designio por el cual Él parecía colaborar con sus siniestros e infames adversarios, porque los enemigos lo quisieron amarrar y Él no quiso desamarrarse. Parecería que había una convergencia de intenciones en eso y, sin embargo, Él derrumbaba, de punta a punta, la intención criminal, perversa de Satanás, preparando la Redención del género humano de un modo magnífico.

En la majestuosa impasibilidad con que, humilde y desdeñoso al mismo tiempo, se sometía a todos aquellos malos tratos, tenía en su mente sagrada otros designios. Y no tardaría mucho la hora en que diría: *"¡Consummatum est!"* El demonio estaría deshecho una vez más y el género humano rescatado. La Iglesia nacería de su costado sagrado. ❖

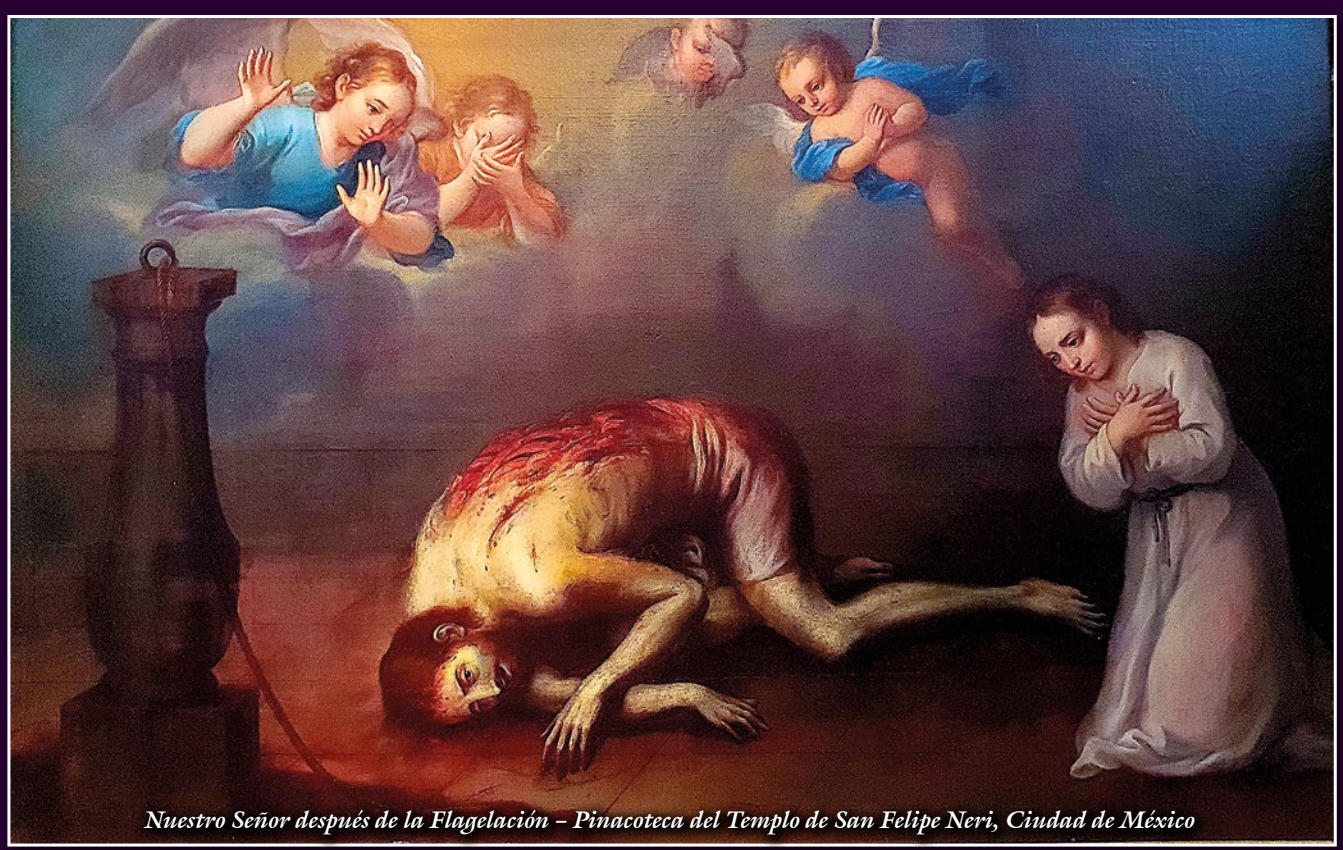
(Extraído de conferencia del 28/11/1981)

---

1 cfr. Misal Romano,2008.

2 cfr. Bossuet, Jacques-Bénigne. Troisième sermon pour le Vendredi Saint. In: *Oeuvres Complètes*. TomoI. Besançon: Outhenin – Chalandre Fils. Éditeur, 1836. Págs. 549 a 553.

J.P. Ramos



Nuestro Señor después de la Flagelación – Pinacoteca del Templo de San Felipe Neri, Ciudad de México



Flávio Lourenço



Encuentro con la Verónica en el camino del Calvario – Museo de Bellas Artes de Lille, Francia

Flávio Lourenço

Tener estampada en el corazón la Divina Faz

Todos se ríen de Vos, mi Señor, todos os hieren, os ultrajan. Vuestra Divina Faz, antes radiante de belleza, ahora está desfigurada enteramente. Ella expresa el dolor en su forma más aguda, más pungente.

A los ojos de esa multitud, ¿qué papel haría quien os consolara, quien tomara vuestro partido, quien se declarara a vuestro favor? Atraería para sí mucho del odio, del desprecio, de la humillación que sobre Vos se lanzaba como un torrente impetuoso, de lo íntimo de aquellos corazones empedernidos, y, más aún, de todas las calles, plazas y villas de la ciudad deicida.

La Verónica vio eso, pero no tuvo miedo. Se acercó a Vos, os consoló. Y, ¡Oh Divina recompensa! Vuestra Divina Faz quedó estampada para siempre en la toalla con que ella quiso secarla.

Dios mío, que mi corazón quiera consolaros siempre. Especialmente cuando todos se avergüencen de Vos, dadme fuerzas para consolaros, proclamándoos, en alto y buen sonido, mi Divino Rey.

Como recompensa, no quiero otra, sino tener vuestra Faz estampada en mi corazón.

(Extraído de Catolicismo n° 231, marzo de 1970)